

# Una Mirada al Caribe Precolombino

Jorge Ulloa Hung



INSTITUTO TECNOLÓGICO DE SANTO DOMINGO  
Santo Domingo  
2005

# **Una Mirada al Caribe Precolombino**

Jorge Ulloa Hung

# **Una Mirada al Caribe Precolombino**

INSTITUTO TECNOLÓGICO DE SANTO DOMINGO

Santo Domingo

2005

Ulloa Hung, Jorge

Una Mirada al Caribe Precolombino/Jorge Ulloa Hung

- Santo Domingo : Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2005

88 p.

1. Arqueología indígena - Caribe (Región) 2. Caribe (Región)

- Historia I. Título

972.901

U42m

CEP/INTEC

© 2005 INTEC

ISBN: 99934-25-57-5

**Composición y diagramación:**

Aida Aguilera Rodríguez

**Diseño de portada:**

Alexandra Deschamps

**Impreso por:**

Editora Búho

# Contenido

INTRODUCCIÓN .....	9
I. ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y SOCIEDAD .....	12
Arqueología. Orígenes e Historia.....	13
Práctica Arqueológica y Compromiso Social .....	26
Conclusiones .....	28
II. ARQUEOLOGÍA Y RESCATE DE LA PRESENCIA	
ABORIGEN EN EL CARIBE .....	30
El rescate del pasado aborigen a partir de la Arqueología ....	33
Rescate y Arqueología. El caso cubano.....	35
III. MIGRACIONES EN EL CARIBE PRECOLOMBINO .....	46
IV. ARQUEOLOGÍA, ECOLOGÍA Y SOCIEDADES	
PRECOLOMBINAS EN EL CARIBE .....	59
V. REFLEXIONES EN TORNO A LA CONQUISTA DEL	
CARIBE .....	67
La conquista de las grandes Antillas y la mentalidad	
europea .....	71
La conquista. Su expresión doctrinal y económica .....	72
Las encomiendas y la élite colonizadora en las Antillas .....	78
VI. BIBLIOGRAFÍA .....	83

## INTRODUCCIÓN

La idea de recopilar bajo el título *Una mirada al Caribe precolombino* cinco ensayos<sup>1</sup>, que tienen como eje central el tema del rescate y reconocimiento del acervo aborigen en el Caribe, no es algo fortuito. Significan un resumen de las reflexiones e inquietudes del autor, a partir de sus experiencias en el trabajo arqueológico, relacionadas con el reconocimiento de la Arqueología como una fuente inagotable de datos e interpretaciones que en no pocos casos puede contribuir a aclarar o enriquecer situaciones y hechos históricos, validados como inamovibles a fuerza de repetirse dentro de los esquemas de la historiografía tradicional.

Algunas aproximaciones al Caribe todavía se hacen eco de frases tan conocidas como: el exterminio masivo de los aborígenes es la causa de la poca supervivencia de elementos de su cultura en las culturas

---

<sup>1</sup> He de aclarar que estos ensayos en su formulación inicial formaron parte de publicaciones periódicas especializadas de Cuba y República Dominicana entre 1997 y el 2002. Los mismos fueron revisados y adecuados a este formato por el autor, además de sufrir varios cambios en su propia conformación a partir de la introducción de nuevas ideas y criterios.

contemporáneas de los pueblos caribeños. También son comunes los consabidos listados de objetos de la cultura material, enunciativos de formas elementales y externas de las supervivencias indígenas. Alimentos, formas de viviendas, tipos de cultivos, entre otros, en muchas ocasiones son descontextualizados en una búsqueda a ultranza y superficial de tan lejanas raíces.

Sin pecar de indigenista o de constructor de identidades he intentado llevar al lector hacia una forma distinta de percibir las pervivencias culturales del aborigen, cuyo desdibujamiento dentro del acervo cultural actual más que producto del exterminio total es el resultado de su refuncionalización dentro de la dinámica que caracterizó y caracteriza a las culturas del Caribe, incluso en sus propios orígenes.

A partir de esto último insisto en que estudiar el período precolombino es imprescindible para entender los procesos posteriores de formación nacional en nuestros países, y desde esta posición considero que fragmentar la Historia no sólo obnubila la comprensión del proceso, sino que además contribuye a debilitar el reconocimiento de la función social de la disciplina arqueológica.

En ese sentido he dedicado algún espacio a reflexionar sobre este particular, en especial a demostrar que el no tener claro para que se excava un yacimiento arqueológico, y qué función social se desempeña como investigador cuando se rescatan los tesoros del pasado a través de la Arqueología, tiene una relación estrecha con las carencias en los presupuestos teórico-metodológicos y de formación que aún perviven entre los especialistas del área.

Los análisis que modestamente compartiré con el lector no pretenden llenar un vacío o los vacíos en la Historia de la Arqueología del Caribe, tampoco intento formular una propuesta teórica metodológica definitiva de cómo asumir el rescate de la cultura aborigen, esto merecería una labor más profunda y meditada. Nuestro fin último es reflexionar sobre el pasado precolombino del Caribe a partir de nuestros propios desaciertos, asumidos como autocrítica más que como propuesta incriminatoria.

---

Como toda ciencia que pretenda sentar bases para nuevos derroteros, la Arqueología, la Historia y las Ciencias Sociales del Caribe en general, han de asumirse a sí mismas de manera crítica y reflexionar sobre formas de aprehender su realidad última: los seres humanos en este contexto sui géneris en el que se ha injertado el mundo. Como pueblos y como culturas del Caribe estamos más precisados de esta necesidad ante las alternativas de un mundo cuya dinámica amenaza con opacar nuestras identidades, lo que sería equivalente a la muerte como naciones.

Jorge Ulloa Hung

Santo Domingo. República Dominicana

Agosto del 2003.

# I. ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y SOCIEDAD<sup>2</sup>

**S**i reflexionamos sobre lo reducido del tiempo asociado al empleo de la escritura —fuente principal de los estudios históricos tradicionales— respecto al extenso período marcado por la existencia humana, puede tenerse una idea de la importancia de la Arqueología como ciencia que investiga la historia del ser humano a partir del uso de elementos no vinculados al documento escrito.

Los restos materiales productos de la acción humana se convierten bajo la óptica arqueológica en generadores de conocimiento histórico, sobre todo si se tiene en cuenta que la Arqueología resume la información de distintas disciplinas científicas para ofrecer una visión particular y en ocasiones asombrosamente amplia, del desarrollo de la sociedad. Sin embargo uno de los problemas esenciales con que

---

<sup>2</sup> Una versión de este ensayo fue publicada por Jorge Ulloa y Roberto Valcárcel en el Boletín del Museo del Hombre Dominicano N.º 34, Santo Domingo, República Dominicana, 2003. Así como en *Los papeles del Rocamadour*, suplemento cultural de la revista Caña Brava, Santo Domingo, Diciembre, 2000.

tropieza la Arqueología hoy es el reconocimiento de su proyección social.

Esta razón nos impulsa a examinar de manera sintética cuestiones relacionadas con los orígenes y evolución de la práctica arqueológica, así como los procesos de definición de su objeto de estudio en relación con la Historia y su carácter de ciencia social. El análisis considerará aspectos referentes a la labor arqueológica en América Latina y el Caribe sobre todo en relación al compromiso social que la disciplina debe asumir en estos países.

### **Arqueología. Orígenes e Historia**

La arqueología, según el término, es la ciencia de lo antiguo; en un sentido más amplio, la ciencia de las cosas antiguas o de aquello concerniente al pasado. Aunque generalmente sus orígenes se vinculan al afán de rescatar y conservar objetos con fines lucrativos o estéticos no deja de ser cierto que tal práctica muchas veces, en ocasiones tempranamente (Hole y Meizer, 1983:24), debió asociarse a un verdadero interés por conocer el pasado. Algunos autores (Fonseca, 1989:69) opinan que es en esta última vertiente donde se encuentra el origen real de la Arqueología, por lo que la defensa de la hipótesis coleccionista no es más que una expresión de quienes entienden tal investigación sólo a nivel de los objetos. Resulta poco razonable, sin embargo, valorar actitudes culturales tan lejanas con preceptos de hoy: sabios y coleccionistas muchas veces debieron ser las mismas personas y lo que ahora se considera saqueo en aquellos momentos debió considerarse como elevado sentido de conservación del pasado.

Durante el período del Renacimiento la costumbre coleccionar tesoros del arte, común entre los reyes asirios, faraones egipcios, griegos ilustrados y patricios romanos, adquirió dimensiones notables. Desde Roma y otras florecientes ciudades se extendió, especialmente en el siglo XVII, a las cortes europeas, donde en el cercano espíritu

de la Ilustración y algo más tarde del Romanticismo, tomó una forma respetable y muy de moda.

En los inicios del siglo XIX el campo de interés coleccionista pasó de Europa, y del mundo de las piezas griegas y romanas, al terreno de civilizaciones aún más antiguas: Egipto, Babilonia y Asiria, serán ahora las fuentes de importantes colecciones.

Paralelo a este trabajo de saqueadores dedicados a la venta de antigüedades se desarrolló la labor de estudiosos e interesados en conocer la historia del ser humano; relatos de viajes y libros que describen antiquísimos monumentos y culturas ignoradas aportan conocimientos que resultan increíbles a sus contemporáneos. Algunas de estas investigaciones fueron promovidas por gobiernos coloniales con fines de conocer y desarticular las sociedades dominadas y mantener a Europa como metrópolis cultural del mundo. La expedición de Napoleón I a Egipto o la enviada por Napoleón III a México, ambas acompañadas de cuerpos científicos, son un ejemplo típico de tal política.

En el siglo XIX se deslindaron los campos dentro del trabajo arqueológico, que comenzó a considerarse una disciplina académica: la ciencia del estudio del pasado a través de restos materiales. La llamada Arqueología Clásica recibió un fuerte impulso con las investigaciones de Schliemann, quien reafirmó el valor de la disciplina para resolver problemas históricos y no sólo como un medio para recobrar piezas de arte antiguo (Hole y Meizer, 1983:37). Por su parte la clasificación de Thomsen, en la que incluía tres edades, Piedra, Bronce y Hierro, intentaba explicar el desarrollo de la tecnología en Europa desde la perspectiva arqueológica y terminaba aportando nuevas bases para ampliar las concepciones evolucionistas de la época.

La idea de las tres edades unida al principio de superposición o estratificación, permitió dar cuerpo al estudio de fenómenos locales, cuya integración otorgaba un sentido a los desarrollos culturales y a

la expansión de sus diversas expresiones, además de ofrecer instrumentos básicos para la realización del trabajo arqueológico.

La Arqueología Prehistórica fue la otra línea principal de investigación, en ese caso referida a los pueblos anteriores a la escritura —inicios de la Historia—, lo que remontó en gran antigüedad el origen del ser humano, con el apoyo de la Geología y la Paleontología, y cuestionó el dogma del génesis y la fiabilidad de las sagradas escrituras. Las interpretaciones de estas últimas a partir de entonces serían reacomodadas, aceptando la evolución como parte del orden natural establecido por Dios (Lumbreras, 1984:30).

La investigación dentro de la Arqueología Prehistórica también debió plantearse prontamente nuevas vías ante la existencia de sociedades vivas sin conocimientos de escritura. Las mismas fueron manejadas a nivel etnográfico. En las primeras décadas del siglo XX el eminente arqueólogo Vere Gordon Childe (1965) inició su interpretación de las más antigua etapa de la sociedad humana con ayuda de la teoría etnológica y arqueológica, además de concebir la historia como un proceso único asimilador de todo el enorme período reconocido como prehistoria.

Gordon Childe sostenía que la Arqueología era una ciencia social y que como tal debía contribuir a entender la historia. Para él esta última era una sola y como experiencia registrada y analizada científicamente permitía establecer regularidades y leyes que podían emplearse en la programación del futuro (Fonseca, 1989; Lumbreras, 1984). El objeto de conocimiento de la Arqueología por tanto no era la evidencia material, sino la explicación del proceso de cambio social. La Arqueología, a través del estudio de los restos materiales con una metodología específica, debía encaminarse, como la misma historia, hacia el estudio de la sociedad de la que es expresión.

Las concepciones de Gordon Childe tuvieron poca repercusión en la práctica arqueológica de los años 30 al 50. El rechazo tuvo sus bases en razones políticas limitadoras de la introducción del marxismo en la teoría de la Antropología y la Arqueología. La corriente

arqueológica más común en la época sostenía la necesidad de recobrar evidencias de los grupos antiguos, con la esperanza de que la acumulación de información permitiría, eventualmente, explicar su historia cultural. Aunque se enriquecieron notablemente las técnicas de colecta y clasificación, la investigación tendía a girar sobre las coordenadas culturales del objeto, tiempo y espacio, conformando solamente secuencias y áreas culturales. La definición de los tipos arqueológicos como elementos base para el rescate de secuencias culturales y su dispersión se convirtió en el objetivo final del investigador que permanecía como descriptor de culturas (Fonseca 1988; Veloz 1988).

La reacción contra esa manera de hacer Arqueología se basó en la exigencia de lograr una disciplina explicativa, capaz de entender el proceso social. La misma tomó cuerpo en los años 60 y fundamentó sus postulados en la obra de Childe y otros autores. Ante tales disyuntivas surgió en América una preocupación por los problemas teóricos metodológicos de la Arqueología, que desembocó en lo que se conoce como una nueva etapa en el desarrollo de la disciplina. Esta tendría dos expresiones esenciales:

1. En Estados Unidos se desarrolló la llamada Arqueología Procesual. Corriente de investigación interesada en una formalización explícita de la metodología arqueológica—en oposición al particularismo histórico en ese momento predominante en este tipo de investigaciones—cuyo apoyo teórico y filosófico fundamental proviene del neopositivismo lógico. En ella la Arqueología es una ciencia que explica fenómenos ahistóricos y debe basarse en la teoría general de la Antropología para lograr sus interpretaciones, definida ésta última como la ciencia que estudia la variabilidad cultural. Esta tendencia es conocida como Nueva Arqueología Norteamericana.
2. En América Latina esta situación originó una corriente de investigación que puso su interés primordial en los problemas

teóricos y mantiene la idea de la Arqueología como una ciencia social, cuyo objetivo —al igual que el de otras ciencias sociales— es explicar los distintos aspectos que caracterizan el desarrollo de la sociedad. Dado que las sociedades con las cuales trabaja el arqueólogo son pretéritas, su explicación servirá para conocer las particularidades del desarrollo histórico de la sociedad en general, y utilizará por tanto el marco de la teoría general de la Historia (Vargas, 1990:4). En buena medida los investigadores más importantes convergieron en la utilización de la teoría materialista de la Historia como principal basamento teórico. Esta corriente fue reconocida como Arqueología Social Latinoamericana.

Ante esta dicotomía, donde la disciplina arqueológica se replanteó algunos problemas teóricos y metodológicos, no puede negarse que a su vez se despertaron con mayor fuerza proposiciones heterogéneas en cuanto al papel social de la Arqueología. Dentro de ellas es necesario destacar factores de orden ideológico y político, sobre todo la preocupación preferencial de algunos investigadores por la teoría materialista de la historia como alternativa científica para estudios de Arqueología precolombina, y como forma de contribuir a rescatar las identidades de sus países.

En el caso de la Nueva Arqueología su preocupación ha estado más centrada en el desarrollo epistemológico al aplicar la Teoría General de Sistemas a las interpretaciones. En ella sobresalen incongruencias teóricas al mezclar metodologías con objetivos distintos, confundir confirmación con corroboración y adoptar posiciones relativistas. Desde sus puntos de vista el compromiso de la disciplina arqueológica se limita a un sentido académico y su sustrato teórico en ocasiones se alinea con el llamado neoevolucionismo, pero obviando los resultados obtenidos por las arqueologías con un enfoque social, por un tabú político o por la búsqueda de marcos de referencia en otras disciplinas ajenas al estudio del proceso social. Para ellos es más importante el análisis estructural de la sociedad que como ésta se estructura.

Sin embargo, existen elementos aplicables a las condiciones de ambas corrientes, que al parecer están a tono con una visión limitada de los especialistas. En el caso de la Nueva Arqueología como en el de la Arqueología con orientación social, en ocasiones, ha primado cierto oportunismo más relacionado con una especie de “moda” que con una verdadera proyección social y teórica. Muchos de los arqueólogos latinoamericanos que se inclinaron por la orientación marxista presentaban problemas de formación, lo cual provocó una adscripción inconsciente a la concepción positivista o neopositivista a la cual se oponían explícitamente.

Otro de los problemas esenciales que ha afectado la Arqueología, es que muchos arqueólogos no están aún conscientes de que la teoría de la sociedad no está desligada de los problemas tradicionales de la Arqueología, y se sigue arrastrando una especie de vacío pues se considera que las obligaciones más inmediatas de la disciplina no precisan de solidez en este sentido. Sobre este último aspecto es importante señalar algunos puntos que a nuestro juicio han incidido en deficiencias a la hora de desarrollar una investigación arqueológica o de interpretar y socializar muchas de las informaciones aportadas.

El manejo pobre y mecanicista de la teoría social por parte de los arqueólogos, limita la comprensión de las sociedades que se estudian y promueve una visión de los materiales arqueológicos y no de la sociedad que los creó. En muchos casos estos asumen un carácter esencial o un papel determinante, no como vía para conocer la sociedad, sino para predeterminarla con respecto a sus relaciones sociales, instituciones o expresiones ideológicas. Esto ha aparejado la creación de esquemas arqueológicos necesariamente relacionados con supuestos niveles de desarrollo tecnológico-estilístico con sus respectivos equivalentes de desarrollo económico, ideológico o institucional. En esta manera de hacer Arqueología lo más importante es el descubrimiento pues el resto de la interpretación está preconcebida según un conjunto de indicadores, que generalmente no superan los conceptos de estilos alfareros u objetos representativos.

Entiéndase que no diferimos de la representatividad de la cultura o de tradiciones culturales de una sociedad a partir de elementos o indicadores materiales arqueológicos, que en última instancia no son más que la expresión de una forma de hacer asumida por una comunidad como parte de su propia expresión étnica o grupal. A lo que nos referimos es al hecho de asumir y extrapolar esos indicadores como determinantes a la hora de definir el modo de vida desarrollado por esa comunidad en un espacio o situación histórica concreta.

Desde esa perspectiva la comprensión de la historia de estas comunidades o sociedades se trata con fundamento causal estático, sin contradicciones o reformulaciones, por tanto no hay resultados de un salto cualitativo.

Más que nada son las minuciosas descripciones de ejemplares, piezas, entorno geográfico o trabajos de excavación, lo que llena los espacios de interpretación de estas arqueologías, cuyo valor las remite más al catastro de yacimientos, muchas veces con olvido de principios elementales como el de asociación o recurrencia. Esta situación fragmenta los datos y la información, y de hecho las investigaciones, lo cual dificulta o imposibilita una reconstrucción cabal del pasado. La situación también complica y limita los estudios regionales, pues siempre se obtiene una visión parcial del problema, que lejos de enriquecer la teoría o el conocimiento a partir del estudio de situaciones concretas fomenta la validez de los esquemas preconcebidos o crea generalizaciones a partir de puntos de vista unilaterales. La capacidad explicativa se reduce mayormente en estos casos a un sistema descriptivo de las regularidades empíricas, con la pretensión de convertirlo en el objetivo del quehacer arqueológico.

A juicio nuestro dos cuestionamientos centrales a tener en cuenta, y hacia donde tributan los elementos antes planteados, son los siguientes: ¿Se tiene realmente claro por algunos arqueólogos el papel social de la Arqueología? ¿Es la Arqueología una disciplina social independiente, una ciencia auxiliar de la Historia o parte de la propia Historia?. La poca claridad en alguno de estos aspectos ha

condicionado una incapacidad para negar las categorías de la llamada Antropología tradicional o Arqueología tradicional, mientras en otros casos las cuestiones han tratado de resolverse descartando todo lo que suene a enfrentamiento teórico.

Ambas cuestiones tienen relación estrecha con las consideraciones sobre cual es el objeto final de la disciplina arqueológica, lo que repercute tanto en las propias concepciones teóricas, como en la importancia que a nivel social se le confiere a la disciplina. Muchos la consideran —incluso algunos de los que se hacen llamar arqueólogos— como una mera ciencia auxiliar o una simple técnica de rescate de la cultura material parte del patrimonio.

En ese sentido compartimos lo planteado por la Arqueología Social Latinoamericana, en especial por la doctora Iradia Vargas (1990), quien concibe a la Arqueología como una ciencia histórica cuyo objetivo (objeto de conocimiento) es reconstruir el desarrollo de las sociedades antiguas, estudiar sus procesos de transformación hasta su unión con sociedades más recientes. Esta visión del objetivo de la Arqueología considera a las sociedades antiguas como el sustento de la Historia, como el inicio de los procesos que unen a las sociedades pretéritas con las contemporáneas.

Sobre esta base no puede verse la Historia fragmentada en antes de y después de, y las leyes para explicar los procesos que estudia la Arqueología son las leyes que explican el desarrollo social, es decir son leyes históricas basadas en conocimientos obtenidos de procesos societarios en los cuales se observan similares comportamientos cuando se cumplen determinaciones claras y objetivas. De esta manera se eleva al rango de la teoría de la historia los conocimientos que se extraen de los datos arqueológicos, al observar en ellos determinadas regularidades empíricas. Es decir la Arqueología permite comprender como se transforma la sociedad en sus aspectos generales y también en sus aspectos particulares, puede conocerse a través de ella las causas y estructuras del desarrollo social y su manifestación en sociedades concretas.

Como ya se expresó el énfasis en los materiales y su descripción o clasificación, es uno de los factores influyentes en una Arqueología limitada sólo a conceptos antropológicos de cultura, en especial los del particularismo histórico y del funcionalismo, donde los aspectos cronológicos y formales de las evidencias están por encima de su consideración como expresión concreta de las actividades en sociedad, que cambian históricamente, y por tanto pueden ser empleadas para reconstruir su Historia

La repercusión de esta situación en la disciplina ha sido el fomento de una Arqueología desligada de las historias nacionales o de la búsqueda de las identidades, en ocasiones sin reconocimiento de las minorías nacionales aún existentes, sobre todo de las poblaciones indígenas. Detrás de este enfoque subyace una concepción de desarrollo que se identifica con los modelos foráneos y que remonta las historias nacionales a la irrupción del colonizador. Detrás de esta situación también se esconde una supuesta y explícita separación entre Arqueología y Sociedad, lo cual es expresión de la enajenación del conocimiento científico y de la generación de supuestas proposiciones sociales generadas o condicionadas simplemente por un afán de competencia en los mercados intelectuales.

La consideración de la categoría "cultura" como la que designa el objeto de estudio de la Arqueología, bajo el supuesto único de que esta es una rama de la Antropología, ha aparejado una diversidad de significados para el propio término, más acordes con los propósitos de una "Arqueología limitada", al asumir su propio uso connotaciones confusas y ambiguas. La categoría cultura no ha tenido en la mayor parte de las arqueologías caribeñas un carácter teórico sino más bien ha funcionado como una categoría instrumental u operacional dentro de las investigaciones. Al respecto la ausencia de un contenido objetivo, sino más bien su carácter operacional, es decir una especie de instrumento de la lógica de la investigación, le han otorgado un carácter subjetivo. Según estos presupuestos, su correspondencia con la realidad social objetiva es indemostrable, y el supuesto

conocimiento de la misma no esta determinado por sus propiedades reales sino por la conciencia del investigador y por sus constructos o imaginario.

Este aspecto es esencial para comprender la falta de conciencia o visión sobre el papel social de la Arqueología. Su función no es socializar, por lo que se cae en vertientes folklóricas o en visiones de autoctonismo en la que se considera el pasado como una realidad innecesaria para la identidad de los pueblos. En ese caso la Arqueología cumple solo la función de rescatar el paradigma museable, la expresión de un modelo social inacabado o no funcional, que se presenta como una etapa ya superada e identificable con el retraso. Es decir, el hecho de que se considere a la Arqueología con el único fin de rescatar la cultura material de los pueblos del pasado la muestran como una fuente de la cual emergen obras de arte exóticas, que sorprenden por proceder de pueblos primitivos, pero totalmente descontextualizadas de un proceso social que es la base del proceso histórico nacional.

Desde este punto de vista la Historia que puede ser develada por la Arqueología se obnubila o se presenta casi sin relación alguna con el presente de las sociedades, en esto sobresalen países de América Latina donde una buena parte de su población actual son indígenas. En ese caso ellos se presentan como una pieza arqueológica más, paralizada en su expresión social.

En muchas de las arqueologías antillanas la situación tiene la misma esencia pero con otros matices, en tanto el indígena ha desaparecido físicamente, por lo que la Arqueología es considerada como una forma de rescate de una fase de la autoctonía, que ha sido y es utilizada como modelo folklórico o para enarbolar eslogans turísticos.

Al enarbolar sus críticas sobre este último aspecto uno de los más importantes arqueólogos antillanos y teóricos de la Arqueología Social ha expresado:

*Algunos gobiernos propician una arqueología turística, oferta que ha sido válida para quienes desean fabricarnos una identidad exclusivamente hispánica. Esta Arqueología turística se caracteriza por:*

- a) *Su permanente presencia en los diarios, con supuestos hallazgos capaces de entusiasmar a la clase dirigente*
- b) *La permanente e incumplida promesa de una obra científica, a partir de las excavaciones improvisadas (Velo, 1999:22).*

Por nuestra parte agregaríamos que se trata de una Arqueología que pretende inducir o promover hacia el mercado supuestas formas de identidad, por ejemplo artesanías que son continuidad de formas arqueológicas, símbolos y formas comunes a una superestructura que desencajadas de sus sentidos pasan como parte de una supuesta estética popular, y hasta la promoción de la existencia de comunidades indígenas vivas en lugares apartados, para que sean apreciadas según un presunto estado no muy alejado del original, lo que rememora una especie de Siboneyismo o Romanticismo comercial en el siglo XXI y promueve de manera exhibicionista lo que resta de unas raíces de las que a veces ni los supuestos “aborígenes turísticos” están conscientes. Esto no pasa de ser un oportunismo pseudocientífico muy confuso en cuanto a verdaderos propósitos de mostrar la identidad.

Reconocer la Arqueología como ciencia histórica y como ciencia social precisamente significa pasar de un planteamiento meramente descriptivo, particularista e ideográfico a otro radicalmente distinto, de carácter explicativo, en el que se trata de hallar generalizaciones, reglas y leyes, significa que la Arqueología debe tener un enfoque sociológico, significa que debe ser comprometida es decir un procedimiento para la búsqueda de la identidad cultural, no puede ser una actividad académica etérea, aislada de la sociedad donde se desarrolla, sino un sustento para la investigación que la utiliza.

Como ha dicho Luis Lumbreras (1984):

La Arqueología puede ser un arma de opresión cuando sirve para justificar la explotación de campesinos indígenas en América Latina, para justificar o desarrollar teorías que proclaman su inferioridad histórica y su proclividad a la decadencia, o cuando engrandece el pasado para denostar el presente creando la convicción de que el pasado siempre fue mejor. También cuando se emplea para crear el caos y el azar en la Historia anónima de los pueblos prehistóricos o ágrafos y convertir los objetos en sujetos históricos. Es recurso valioso de investigación cuando ayuda a conocer el origen de los pueblos y sus raíces históricas, mostrándoles además el origen y carácter de su condición, cuando muestra y descubre la transitoriedad de las instituciones y las pautas de conducta, cuando se articula con las demás disciplinas y muestra la unidad procesal de la historia en sus términos generales y en sus particularidades regionales y locales.

Las concepciones opuestas a estos criterios plantean que la Arqueología debe ser una ciencia que produzca su propio instrumental metodológico y técnico para generar conocimientos, lo cual no pasa de ser un recurso bastante *sui generis* en la fundamentación de las premisas para un método, que responda a los intereses de cierta clase de arqueólogos: pero el supuesto impacto estelar de estas posturas se desdibuja a la hora de las proposiciones, sobre todo en la incoherencia del planteamiento de las relaciones entre lo particular y lo general en el método.

La Arqueología no se distingue de otras disciplinas de las Ciencias Sociales ni por su objeto ni por su método. En realidad los criterios sobre una consideración de este tipo obedecen a los viejos postulados del positivismo que definen la diferencia entre las ciencias por su origen en un supuesto quehacer parcializado de las investigaciones sociales más a tono con necesidades prácticas engendradas por el auge del propio capitalismo.

Si bien es cierto que la profundización en los conocimientos de distintos aspectos del fenómeno social han llevado hacia la especialización, del mismo modo queda claro que si la Arqueología deja de lado, por considerarlos objeto de estudio de otras disciplinas, cuestiones como el desarrollo tecnológico, las relaciones de propiedad, la aparición de clases u otras formas ideológicas, así como ciertos documentos escritos, entonces no quedaría nada que fuera propio del objeto de estudio arqueológico. Es por ello que debe insistirse

en que el objeto de estudio final de la Arqueología es el mismo de todas las Ciencias Sociales, la sociedad como un proceso total.

Por otro lado tampoco se distingue la Arqueología de las demás disciplinas de las Ciencias Sociales por un método propio, es decir de procedimientos lógicos diferentes, pero es obvio que para cada disciplina, incluso para problemas distintos dentro de la misma, son necesarios procedimientos generales adecuados a las características particulares de la investigación y de los propios problemas a solucionar.

De lo anterior se desprende que no tienen sentido los planteamientos de una teoría arqueológica puesto que la teoría general de la realidad social que estudia la Arqueología es válida para las Ciencias Sociales. Las diferencias esenciales estarían en que el arqueólogo accede a la Historia de los procesos sociales a través de una clase determinada de información, que son los datos arqueológicos, lo que sí tiene características particulares. Es decir lo más complicado, y ahí la confusión para muchos, es que la explicación de los procesos estudiados por la Arqueología están condicionados por la naturaleza de la información empírica que se diferencia de la clase de informaciones empíricas que manejan habitualmente otras disciplinas. De aquí se desprende para muchos la falsa impresión de que la Arqueología no debe o no puede socializar y que debe preocuparse solo por los procedimientos investigativos que permitan obtener esta información sin realizar inferencias de las relaciones fundamentales que deben conocerse con el fin de alcanzar una explicación de los procesos sociales estudiados.

Quienes piensan así generalmente consideran a la Arqueología como una ciencia auxiliar de la Historia y no se percatan que la relación del arqueólogo con su objeto real de investigación—la sociedad—están sujetas a una especie de mediación, el dato arqueológico, que el investigador describe o descubre en su contexto social original, es decir como las manifestaciones de una sociedad que vivió y se desarrolló en un momento determinado. De esta manera es imposible reconocerle un papel social a la Arqueología sin considerar que la

información empírica y su conocimiento, está condicionada a una cadena de causalidades en que participó originalmente la acción del ser humano, es decir que las culturas no son solo una construcción subjetiva para designar la empírea que encontramos en los contextos arqueológicos.

La ausencia de la Arqueología dentro de los planes de enseñanza de los estudios superiores, sobre todo en las especialidades históricas o vinculadas a las Ciencias Sociales, así como la falta de una especialización académica pueden ser una de las razones que influyen en algunas de estas carencias en nuestros países caribeños, donde una buena parte de los estudios son realizados por investigadores extranjeros, en ocasiones sin ni siquiera el compromiso con especialistas o instituciones del país.

En otros casos la intención y el objeto final de la investigación están claros en la conciencia de quienes hacen Arqueología, sin embargo, salvo excepciones, no se ha logrado vertebrar una correspondencia entre este objetivo final y los pasos o etapas del proceso investigativo, más bien se palpa un eclecticismo teórico, que denota una marcha paralela entre las viejas concepciones de la Antropología norteamericana de la década de los cincuenta junto a otros postulados.

## **Práctica Arqueológica y Compromiso Social**

Hay dos aspectos básicos definidores del compromiso de la Arqueología respecto a la sociedad. El primero se refiere a su aporte al autoconocimiento humano y el segundo, al manejo que el trabajo arqueológico hace del patrimonio cultural. Recuperar el pasado significa recuperar al ser humano residente en él. La Arqueología aporta una información imprescindible en esta tarea, que atañe a todas las ciencias, pues el autoconocimiento no es solo la comprensión de si mismo y de la sociedad sino también del espacio que nos rodea y con el que interaccionamos para reproducir la vida.

Es necesario tener presente que la búsqueda del pasado a partir de las evidencias materiales, se despliega destruyendo una parte de la obra humana. El trabajo arqueológico supone remover restos, aislar asociaciones mantenidas durante siglos, etc. Ninguno de estos bienes patrimoniales son renovables, su afectación es definitiva y constituye, si no hay una verdadera recuperación de información, un fragmento de obra humana perdido.

Si bien el deber social del arqueólogo como científico es generar conocimientos que ayudan a entender el proceso histórico al que se vincula toda la existencia de una sociedad, no por eso debe olvidar medir si su aporte en conocimientos justifica la destrucción de recursos patrimoniales. La determinación de la amplitud de una excavación arqueológica no puede depender del interés de un investigador por lograr un hallazgo espectacular sino de las capacidades reales que el equipo científico tenga para investigar el material que trabaja y de la información real que este material pueda aportar dentro de un esquema de investigación definido con el mayor cuidado. Ningún trabajo puede plantearse, excepto una excavación de salvamento bajo circunstancias precisas, sin tener idea de los resultados que se esperan obtener en el sentido que su magnitud justifique el daño al patrimonio y el gasto económico que representa la actividad de investigación.

Actualmente, considerando estos aspectos, se desarrolla un notable esfuerzo por despejar a la Arqueología del mero carácter de ejercicio intelectual, que en muchos casos ha tenido, para otorgarle capacidades de impacto social. En numerosas investigaciones la labor arqueológica se planifica para solucionar problemas concretos de enorme interés. Los trabajos que aportan datos sobre el manejo de los bosques y el ecosistema en sociedades antiguas así como el empleo de sistemas agrícolas de bajo impacto medioambiental por estos pueblos, han sido muy útiles para enfrentar tareas del presente. Igual importancia han tenido las investigaciones sobre el uso de viejas fuentes nutritivas, sustancias medicinales y formas de curación, entre otras muchas

antiguísimas soluciones humanas que hoy vuelven a ser útiles gracias a la Arqueología.

La identidad cultural ha sido otro campo al que la Arqueología se ha acercado con una intensidad notable. Entre algunos científicos africanos y especialmente en un grupo de investigadores latinoamericanos, el problema de la defensa y recuperación de la identidad ha sido manejado como un elemento clave de su trabajo.

La Arqueología Social Latinoamericana resulta, según Marcio Veloz (1988:111), una metodología que completa el conocimiento de aquellos procesos de identidad histórica y nacional que han conformado las poblaciones actuales, por razones de identidad e Historia y porque las sociedades preclásicas americanas son muchas veces la raíz fundamental de estos pueblos.

Los investigadores deben considerar como labor esencial de la Arqueología la recuperación de una Historia, que revalore su pasado y defina la magnitud en importancia de muchos procesos históricos excluidos. Para ellos la información a aportar debe servir para ver la Historia de sus pueblos como un proceso continuo e integral cuyo estudio permita conocer el presente y proyectar el futuro.

## Conclusiones

1. La vieja concepción de una Arqueología sólo dedicada a establecer las coordenadas culturales de los restos materiales ha comenzado a ser desplazada, entre los sectores más avanzados de la disciplina, por la intención de recuperar la Historia de las sociedades que generaron estas evidencias. El esfuerzo se centra en establecer sistemas inferenciales más precisos, capaces de brindar mayor seguridad y acortar el espacio que media entre la evidencia arqueológica y realidad histórica concreta que esta representa.

2. Las consideraciones de la Arqueología como una disciplina alejada de las Ciencias Sociales en cuanto a su metodología y objeto estudio, es una de las principales limitaciones para el desarrollo de una disciplina comprometida con la Historia e identidad de los pueblos.
3. Los reajustes teóricos de la Arqueología como ciencia deben ir parejos a compromisos sociales que se incrementan en la misma medida que la disciplina amplía su radio de acción. El deber de lograr un conocimiento más completo y proteger el patrimonio cultural humano se ponen de manifiesto hoy, con especial énfasis, ante los retos de un mundo que se transforma vertiginosamente y desgasta todos sus recursos.
4. Las enormes desigualdades en el acceso al bienestar humano imponen a la Arqueología el deber de apoyar el proyecto de restablecimiento de la identidad y recuperación cultural, que contribuyan a señalar una opción de desarrollo propia e históricamente comprometida.
5. La inclusión de la Arqueología dentro de los planes de enseñanza de los estudios superiores, sobre todo en las especialidades históricas, así como una especialización académica pueden ser una de las vías para resolver las carencias que ha padecido la Arqueología en países del Caribe. En muchas ocasiones a pesar de tener clara la intención y el objeto final de la investigación no se ha logrado vertebrar una correspondencia entre este objetivo final y las etapas del proceso investigativo, lo que se encuentra a tono con carencias académicas y de formación entre los especialistas.

## II. ARQUEOLOGÍA Y RESCATE DE LA PRESENCIA ABORIGEN EN EL CARIBE

**P**ara muchos estudiosos e investigadores el tema de la presencia aborigen en las culturas caribeñas ha prohiado una visión empirista y positivista de su rescate, que muchas veces no va más allá del registro minucioso de elementos de la cultura material con supuesta ascendencia indígena, ya sea por su denominación o por su uso. Esta situación lejos de conducir al entendimiento y comprensión de los procesos de integración sociocultural propios de esta región del mundo, conduce a la contemplación y el aislamiento de bloques de cultura petrificados que conserven una supuesta esencia prístina u originaria.

Otras reflexiones en ese sentido han alimentado un abordaje fundamentado en esquemas historiográficos tradicionales, que frenan las posibilidades de reinterpretar y analizar muchos datos acuñados por la crónica o los documentos escritos y sacralizan una ruptura histórica, donde la conquista y el devenir posterior trascienden sólo como mecanismos de aislamiento y superación de la cultura aborigen y no como nuevos elementos para su enlace con el presente.

Estas perspectivas han guiado una parte de las investigaciones sobre el aporte aborigen a las culturas del Caribe, y sus esencias han fundamentado consciente o inconscientemente un cuestionamiento esencial. ¿Pertenece el período precolombino a la historia caribeña?. A juicio nuestro este es uno de los factores de mayor peso para obnubilar o simplificar la presencia aborigen en las culturas caribeñas de hoy, punto de vista que se alimenta de tres cuestiones esenciales:

1. Ausencia de un núcleo poblacional indígena fuerte en el Caribe de hoy (siglos XIX al XXI), lo que ha limitado una acción cultural y política sólida encaminada a rescatar sus aportes a la Historia.
2. Ausencia de un sistema de ideas capaz de aprehender al Caribe como un resultado y a la vez como propiciador de nuevos resultados (James, 2000)<sup>3</sup>, capaz de captarlo en su dinamismo, en su nueva racionalidad, más allá del registro o de la búsqueda de elementos o de racionalidades anteriores como elementos estáticos.
3. En el rescate realizado a partir de la Arqueología ha influido la propia forma de concebir el propósito final de esta disciplina y los presupuestos teóricos sobre los cuales se ha realizado.

El primero de los aspectos tiene antecedentes en momentos posteriores a la propia conquista cuando las nacientes oligarquías criollas iniciaron con marcado interés la negación de la presencia aborigen con la finalidad de expropiar sus tierras. Esto contribuyó a desdibujar el aporte aborigen a las sociedades caribeñas y limitó las referencias a la existencia de objetos o vocablos que rememoraban su cultura como una etapa afortunadamente superada y perceptible a través de elementos próximos a su supuesta función original.

---

<sup>3</sup> Joel James. *El Caribe entre el ser y el definir*. Editora Tropical, Santo Domingo, República Dominicana.

En este sentido también es importante tener presente la primacía que dentro de los estudios históricos y antropológicos del área ha tenido la controversia amo-esclavo, casi siempre traducida o remitida a la contradicción racial blanco-negro —con énfasis en el estudio de estas relaciones en el marco de la plantación— la que generó los mecanismos culturales relevantes que caracterizan hoy al Caribe.

En el segundo aspecto, al evaluar los estudios sobre los aportes de las sociedades aborígenes sería importante reflexionar a partir de la proposición metodológica expuesta por el investigador Joel James en su obra *La Muerte en Cuba*, en especial lo que define bajo el concepto de *Límite*.

Los límites según James (1999)<sup>4</sup>, son instantes de saturación perneados o signados por la combinación orgánica entre todos los componentes actuantes en un proceso social así como una fragua activa de concurrencias humanas. Estos se mueven en un sentido de articulaciones sucesivas hasta el punto que el todo sobredetermina las partes constituyentes con tal rigor que ninguna de ellas sería reconocible en su específica identidad. Desde ese punto de vista los límites son inevitables y son la esencia de la dialéctica social, además de tener la capacidad de referenciar el pasado en el presente.

En esta perspectiva al hablar de muerte de las culturas precolombinas no sólo se tiene en cuenta lo traumático de la conquista por sus efectos de violencia sino también por sus efectos en el plano de la cultura, por la sustitución de un sistema de valores gestados durante varias centurias o milenios. Sin embargo la extinción se evalúa sobre todo a partir de la fusión o el mestizaje, es decir por la reversión como límite superado dentro de las sociedades criollas de los principales valores de los grupos precolombinos. La muerte no actuó sobre estas culturas como un borrador sino como un mecanismo sustitutivo de sus dimensiones y magnitudes culturales, las que trasladó a otro espacio y las legitimó.

---

<sup>4</sup> James, Joel. *La muerte en Cuba*. Ediciones Unión, La Habana, 1999.

Fueron los mecanismos de hibridación y transculturación como capacidad de la cultura para reformularse y resurgir, para mantenerse viva y librarse de los lastres de la exclusividad —que truncarían su pertenencia al núcleo de la identidad— los que propiciaron el carácter ininterrumpido de la Historia del Caribe y la total pertinencia a ella del llamado período precolombino.

La ausencia física del aborigen no implica que sus formas de aproximación a la realidad estén ausentes del inconsciente colectivo del caribeño, muchas veces a través de senderos intangibles o obnubilados, si se les pretende buscar a la manera de un empirismo tradicional que intenta recordar esta cultura según filiaciones inamovibles o enclaustradas. La búsqueda en el plano de la cultura actual debe enmarcarse hacia elementos o expresiones legitimados con otros aparentes orígenes y hurgar a fondo en manifestaciones de fenómenos que supuestamente se han abordado desde su prístina expresión.

## **El rescate del pasado aborigen a partir de la Arqueología**

Este tercer aspecto es crucial, sobre todo si se toma en cuenta que intentamos despojarnos de los esquemas creados por la Historia tradicionalista y reconocer la particular importancia que asume la Arqueología a la hora de historiar sociedades ágrafas, y sobre todo si pretendemos romper con la línea que intenta coartar la Historia caribeña.

Desde las primeras décadas del siglo XX el eminente arqueólogo e historiador Vere Gordon Childe sostuvo que la Arqueología era una ciencia social y como tal debía contribuir a entender la Historia. Sobre esta base consideraba esta última como una sola en tanto experiencia que al ser analizada científicamente permitía establecer regularidades útiles para programar el futuro (Fonseca, 1989; Lumbreras, 1984).

A pesar de las tempranas declaraciones del notable investigador uno de los problemas esenciales con que tropieza hoy la disciplina arqueológica en el contexto caribeño es el pleno reconocimiento de su proyección social. En ello influyen elementos de orden teórico y la concepción de una disciplina asumida como práctica académica etérea y desvinculada de los problemas más inmediatos, o como una ciencia evaluadora y descriptiva de la variabilidad cultural sólo con trasfondos diacrónicos.

En ese punto de vista la Arqueología se convierte en negadora del pasado y su labor se descontextualiza de las sociedades que estudia, se crea la impresión de ciencia no comprometida o sin compromiso para quienes la practican, lo que la remite en el peor de los casos al mero plano de técnica colectora y conservadora de piezas sobre culturas petrificadas y superadas.

Esta es una corriente que aún subyace, consciente o inconscientemente, en la Arqueología del Caribe: recobrar evidencias de los grupos antiguos con la esperanza de eventualmente explicar su historia cultural. Aunque es imposible negar que han mejorado y se han enriquecido notablemente las técnicas de colecta y clasificación la mayor parte de las investigaciones aún tiende a girar sobre las coordenadas del objeto, tiempo y espacio, conformando secuencias y áreas culturales asumidas como culturas y cuya formación es el objetivo final del investigador, que por demás permanece en el estatus de descriptor o en el mejor de los casos clasificador de yacimientos para automáticamente extrapolar los rasgos de una construcción original a los nuevos hallazgos.

El mayor énfasis en los materiales arqueológicos, en especial en la cerámica, es uno de los factores esenciales influyentes en las concepciones de una Arqueología limitada a conceptos de cultura subyacentes en propuestas teóricas como el particularismo histórico y el funcionalismo, donde los aspectos cronológicos descriptivos están por encima de su consideración como expresión concreta de las actividades de los hombres que viven en sociedades y cambian históricamente.

La repercusión de esta situación a nivel social en la disciplina ha sido el fomento de una Arqueología o un rescate de lo aborigen que sólo expresa un compromiso aparente con las historias nacionales y expresa la enajenación del conocimiento científico y la generación de proposiciones más condicionadas por el afán de competencia en los mercados intelectuales.

La Arqueología y el rescate en ese caso sólo cumple la función de colectar el paradigma museable, expresión de un modelo social inacabado o no funcional del que emergen obras de arte exóticas y sorprendentes por proceder de pueblos primitivos, descontextualizados de un proceso social que es la base de la propia Historia nacional.

## **Rescate y Arqueología. El caso cubano**

El reconocimiento de lo “aborigen” como momento anterior y de hecho cuestionador del derecho hispano al control de la Isla está vinculado a los inicios de la Arqueología en Cuba, que se remiten al siglo XIX y esbozan una dicotomía más o menos transparente en los propósitos de la disciplina desde sus albores.

En el siglo XX el rescate de las culturas precolombinas por la Arqueología tomó cuerpo con nuevas razones científicas, lo que se tradujo en cierta ampliación de la disciplina y en el desarrollo de una visión histórica asimiladora del aborigen como parte imprescindible de la misma y no sólo como anécdota de inicio.

Investigadores como Felipe Pichardo Moya y Fernando Ortíz son algunos de los más destacados en esas consideraciones al valorar los límites de la historiografía tradicional en su supeditación a las crónicas y establecer planteamientos de búsqueda de los aportes aborígenes a la formación nacional, al definir el hecho real de su supervivencia en el plano más arqueológico. Ambos investigadores sistematizaron la información de las evidencias y las fuentes históricas

para dejar claro los índices de transculturación como una prueba de relación cultural compleja y diversa.

No obstante, la nota más sobresaliente en este período es el auge en los trabajos de campo y una acumulación importante de información que se logra no exactamente sobre la base de todo rigor científico pero sí sobre la base de la cooperación de profesionales, aficionados y coleccionistas. En este trabajo o en muchos de estos trabajos está la génesis de verdaderos museos locales y la extensión inicial de las tareas de investigación a todo el país.

En este período algunos arqueólogos cubanos como Carlos García Robiou, René Herrera Fritot y el propio Pichardo Moya lograron nuclear concepciones arqueológicas de suma importancia para las Antillas erigiéndose, pese a los limitados recursos, en una especie de ejemplo de posición intelectual que se hace más independiente en la misma medida que resume los avances globales en el área y formula concepciones particulares para esta. El éxito de esta Arqueología, o por lo menos de sus más destacados representantes, no debe medirse sólo a partir de sus posiciones respecto a los trabajos de norteamericanos, en especial los del investigador Irving Rouse, sino en como logran asimilar estos resultados e intentan plantearse nuevas ópticas de investigación, para ampliar su sentido y hacerlo más cercanos a los problemas de esta etapa en Cuba y las Antillas.

A partir de 1959 varias cosas cambiaron para la Arqueología cubana, muchas de ellas contribuyeron a dar un salto de calidad en esta disciplina, mientras en otros sentidos, sobre todo teórico, se produjo un cierto estancamiento al no tener en cuenta muchos de los aportes creativos de otras arqueologías caribeñas, latinoamericanas o norteamericana y enclaustrarse en una especie de ortodoxia, que limitó la propia dialéctica investigativa y en muchos casos produjo un especie de mezcla o hibridación entre las viejas concepciones del funcionalismo y el particularismo del investigador Irving Rouse y los intentos de aplicar el marxismo a la interpretación de las culturas precolombinas.

Los logros más importantes en este período se encuentran en la profesionalización del trabajo arqueológico, que impone un salto de calidad en el trabajo de investigación y sobre todo intentan encauzar la labor de esta disciplina con el sentido de rescatar al ser humano y el devenir de la sociedad.

La Arqueología se volcó fundamentalmente al mejoramiento de las metodologías de investigación y al desarrollo de trabajos interdisciplinarios con mayor amplitud y rigurosidad. El mayor énfasis se observó en el refinamiento de los sistemas de análisis al igual que en las técnicas de excavación. La protección del patrimonio y la inserción del conocimiento arqueológico en el caudal de la cultura e Historia cubana fueron avances que recibieron a partir de ese momento un mayor apoyo estatal y de hecho ganó en fuerza el interés por redefinir el verdadero aporte, tradicionalmente opacado por la falta de conocimiento, de las sociedades aborígenes a los procesos de conformación de la nación.

A pesar de estos innegables avances no sería justo evaluar la disciplina arqueológica en Cuba sin esbozar sus pasos en la actualidad y sin referirnos a algunos de los lastres teóricos<sup>5</sup> con que tropezó esta nueva Arqueología cubana. Muchos de ellos aún subyacen con mayor o menor rigor en la forma de enfocar las investigaciones, mientras otros han sido superados o están en vías de ello, a partir de lo que puede considerarse como nacimiento de una etapa crítica, analítica y de apertura en la ciencia arqueológica cubana.

Los principales lastres pueden resumirse en:

1. Manejo pobre y mecanicista de algunas categorías del materialismo histórico, donde la comprensión de las sociedades precolombinas en su relación con la dialéctica materialista no iba más allá de la afirmación del carácter

---

<sup>5</sup> Muchos de estos lastres teóricos no sólo son aplicables a la Arqueología cubana sino en buena medida a las arqueologías caribeñas y latinoamericanas, o por lo menos a un segmento dentro de ellas que se desarrolló en las décadas de los 60 y 70 del siglo XX.

esencial de la base económica o su papel determinante con respecto al resto de las relaciones sociales, instituciones o expresiones ideológicas. Esto ha aparejado la creación de esquemas arqueológicos relacionados con supuestos niveles de desarrollo económico y por supuesto a los que corresponden niveles de desarrollo ideológico e institucional.

El análisis en profundidad de esta situación esboza una repetición con otras dimensiones de lo planteado por la Arqueología tradicional, en especial lo referente a los esquemas derivados de los estilos y series alfareros, donde lo más importante es el descubrimiento pues el resto de la interpretación está preconcebida según un conjunto de indicadores arqueológicos. En el caso de la Arqueología cubana hoy, la más frecuente representación de este esquema se encuentra en las clasificaciones utilizadas a los efectos del censo arqueológico de la Isla, donde parejo a los esquemas económicos referidos circula una concepción esencialmente cronológica del avance socioeconómico.

2. Reducción de la comprensión de la Historia de las sociedades que se tratan al fundamento causal de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, con el consabido salto cualitativo. En muchos caso las carencias en este sentido se soslayaron a partir de minuciosas descripciones tipológicas de las piezas, descripciones minuciosas del entorno geográfico al cual se enfrentó la comunidad o la capacidad de argüir citas de los clásicos del marxismo.
3. Fragmentación de las investigaciones o de los datos en ellas obtenidos, lo cual dificulta y en ocasiones imposibilita la reconstrucción cabal de las sociedades en estudio. La situación se complejiza aún más cuando se trata de regiones, pues se obtienen sólo visiones parciales del o los problemas de investigación, que lejos de enriquecer la teoría del conocimiento a partir de la contribución con el análisis de

situaciones concretas tienden a fomentar la validez de los esquemas preconcebidos o crear generalizaciones y esquemas a partir de puntos de vista unilaterales. En ese sentido se reduce la capacidad explicativa a un sistema tipológico descriptivo de regularidades empíricas, con las pretensiones de convertir las mismas en explicaciones teóricas. Los ejemplos, quizás más elocuentes, de la Arqueología cubana en este sentido se encuentran en los estudios sobre la talla lítica y la alfarería.

4. Aplicación de concepciones interpretativas y metodológicas utilizadas o válidas en otros contextos sin sopesar, en ocasiones, las particularidades regionales o históricas de las sociedades que se estudian.
5. A pesar de haberse ganado en conciencia de que la Arqueología no está desligada de los problemas tradicionales de la sociedad y su Historia, aún la disciplina se ve desligada en alguna medida de los problemas esenciales de la filosofía y la teoría antropológica, por lo que se sigue arrastrando una especie de vacío que considera que las obligaciones más inmediatas de la Arqueología no precisan de una solidez en ese sentido.
6. Predominio en la investigación de los puntos de vista tipológicos y evolutivo cronológicos con tonalidades y matices impuestos por conceptos tipologistas restrictivos y la asunción de secuencias individuales o regionales para generalizar con respecto a toda la Isla.

En este caso la etapa analítica y descriptiva del proceso de investigación arqueológica se distanció del resto de las etapas y fue asumida como el fin u objeto final de la misma. Las tipologías aisladas o el aislar tipologías fue el centro de los trabajos, la investigación se limitaba bien a la confección de una lista tecnológica y tipológica y observar su secuencia espacial y temporal hasta promover esquemas de difusión y clasificación cultural unilaterales y normativos. El principio

de recurrencia (basado en una exclusividad tipológica) como una de las bases de la investigación se exacerbó hasta el punto de obnubilar en ciertas investigaciones otros tan importantes como el de asociación y superposición.

7. Consideración de la categoría de cultura bajo una diversidad de significados con interpretaciones confusas y ambiguas. La misma ha operado como una categoría instrumental u operacional de las investigaciones es decir como un instrumento creado en diferentes acepciones por la lógica del investigador, lo que le otorga un contenido subjetivo determinado por la conciencia y los intereses del mismo. Los ejemplos más elocuentes en el caso de la Arqueología cubana quizás sean los de cultura Mayarí, Cultura protoagrícola, mesolítico tardío o comunidades con tradiciones neolíticas incipientes, todas acepciones definidas para caracterizar un mismo fenómeno.

Por último es importante destacar que, pese a los logros, la Arqueología cubana no ha logrado consolidar una práctica realmente explicativa. Aunque existen aportes de gran importancia no puede hablarse aún de una total superación de los esquemas descriptivos. La influencia del materialismo histórico y dialéctico ayudaron a comprender o insertar un nuevo sentido en el trabajo científico así como al descubrimiento de nuevos resortes en la investigación —especialmente el económico— tradicionalmente ignorados o poco reconocido en los estudios. Sin embargo el nivel inferencial aún es bajo y ha comenzado a dar señales de una recuperación necesaria a partir de la apertura hacia otras formas de pensamiento y práctica de la disciplina. Aunque las intenciones sean otras el proceso de reconstrucción arqueo histórico se basa esencialmente en el completamiento de esquemas de comportamiento a partir de datos tipológicos y cronológicos.

La ausencia de la Arqueología y la Antropología dentro de los planes de enseñanza de los estudios superiores así como la falta de una

especialización académica, que ya ha comenzado a vislumbrarse con la apertura de maestrías y postgrados en este sentido, influyen en una buena parte de estas carencias.

Si bien el objeto final y la intención de la investigación está claro en la mayor parte de los que hacemos Arqueología, salvo excepciones, no se ha logrado aún vertebrar una correspondencia entre ese objetivo final y la aplicación de todos los pasos o etapas del proceso investigativo. En otras ocasiones más bien se percibe un eclecticismo teórico que denota una marcha paralela entre las viejas concepciones de la Antropología norteamericana y los postulados marxistas y neoevolucionistas así como los intentos por traspasar las fronteras de lo empírico y rememorar las valiosas actitudes de búsqueda de una escuela cubana de Arqueología emprendida desde la década del 50 en siglo XX por lo más valiosos científicos de la disciplina.

Por último es importante señalar cuales, a juicio nuestro, son las principales líneas de trabajo hacia las que se ha encaminado la Arqueología cubana de los últimos años, en espacial dentro del nuevo período de apertura y análisis.

- Conocimiento con precisión de las características y magnitudes del patrimonio iconográfico precolombino de algunas regiones de Cuba. En especial proyectos de esta naturaleza tienen lugar en los espacios con una alta riqueza de este tipo de componentes. Este es el caso de Banes en Holguín.

En estas aproximaciones los objetivos se han centrado en dos cuestiones básicas:

1. Definir una estrategia de protección y conservación de los bienes
2. Aglutinar información nueva para enfrentar el estudio de las comunidades aborígenes, en especial las agricultoras, que permita completar el conocimiento de aspectos de tipo social e ideológico a partir de la iconografía.

Estudios de esta naturaleza hasta el momento son escasos en la Arqueología cubana y no existen valoraciones regionales que ofrezcan un cuerpo gráfico amplio y cuidadosamente referenciado. Por otro lado se han iniciado intentos por sobrepasar los propósitos de descripción y referencias estéticas para entrar en el tipo de estudios semióticos o más próximos a las Arqueologías simbólicas, donde se analizan la transformación de motivos y técnicas empleados, su sistematización, hasta la posible significación social y cultural de la pieza en el contexto de las sociedades originarias. Entre los estudios más destacados sobresalen los relacionados con la representación de la rana y las cabezas lloronas (Boinayel) llevados adelante por el investigador Pedro Pablo Godo. Esta tendencia también ha comenzado a tomar fuerza en los estudios del arte rupestre.

- Estudios en la perspectiva de región con el fomento de nuevos trabajos de campo y exploraciones, los que han arrojado resultados importantes y en ocasiones contradictorios a los esquemas imperantes hasta el momento. Esta tendencia se enfrenta o supera los conceptos prevalecientes hasta hace unos años que tendían a extender generalizaciones para toda la isla a partir de espacios claves muy limitados (Ej. Banes, Cayo Redondo, Guayabo Blanco, Canímar, Aguas Verdes, etc) lo que hasta cierto punto era coincidente con los criterios de sitios cabeceras o tipos para referenciar una cultura.

Los nuevos trabajos en este orden más que una intención de completamiento de esquemas existentes o crear otros nuevos, están más a tono con una perspectiva de reconocimiento de las historias regionales y de conocer mejor las partes para transformar o reconocer mejor el todo.

En ese caso se precisan sistematizaciones y reinterpretaciones de la dinámica habitacional a partir de lo existente y los resultados de nuevas informaciones, donde el componente ambiental y climático ha comenzado a tener un peso más allá de la simple descripción fría.

- Fomento de investigaciones arqueométricas, sobre todo en el campo de la cerámica, lo que intenta superar los criterios observados o tejidos sólo a partir de apreciaciones formales y tipológicas. Los estudios se han dirigido a delimitar en detalle las particularidades del proceso tecnológico y de confección alfarera, tipos de materia prima y sus fuentes, así como uso específico de los recipientes. En este último aspecto sobresale el análisis de los residuos de sustancias o de ácidos grasos en los materiales alfareros exhumados, lo que contribuye a una mayor certeza en las actividades económicas esenciales de las comunidades y tipos de alimentos más comunes, etc.

En ese mismo orden —a partir de las determinaciones arqueométricas— se ha pretendido establecer una relación directa entre las fases de confección alfarera, las expresiones de desarrollo en determinadas comunidades, los orígenes de esta industria y su representación estratigráfica. Sin embargo aún se precisa de mayores confirmaciones y el sometimiento de muestras más amplias. Este tipo de análisis hasta el momento ha tenido una proyección regional limitada o de yacimientos aislados.

- Los estudios de Antropología Física se resumen en las siguientes vertientes:
  - a) Sistematización de rasgos culturales, y antropológicos de distintas regiones con la finalidad de establecer una tipología o una caracterización de las formas de entierros o inhumaciones según las condiciones, características de la comunidad y nivel de desarrollo socioeconómico. Esto se ha centrado especialmente en el hallazgo de nuevos e importantes yacimientos de cementerios como el Chorro de Maita, Cueva Calero, Canimar II, Marien II, etc.
  - b) Estudio a fondo de las características antropológicas de los llamados grupos o comunidades protoagrícolas y sus

comparación con las series establecidas para el resto de los aborígenes cubanos (serie preagroalfarera y serie agroalfarera)

- c) Desarrollo de investigaciones sistematizadas sobre patologías aborígenes así como de las recurrencias en su observación en contextos de cementerio.
- Incidencia del aborígen en los procesos de formación de la identidad cubana donde se combinan estudios históricos y documentos con los resultados de la Arqueología . Los casos más importantes son las investigaciones a fondo sobre el ascendiente aborígen de la Virgen de la Caridad y las reflexiones y búsquedas del componente aborígen en algunos elementos de la religiosidad popular cubana.
  - Extensión de los estudios arqueológicas con mayor fuerza a temas y grupos humanos con importante incidencia en la formación de la cultura cubana . Ejemplo de ello son las investigaciones sobre cimarronaje y su ajuar material, Arqueología de plantaciones cafetaleras fomentadas por inmigrantes franco –haitianos y una Arqueología orientada hacia la restauración de monumentos históricos.
  - Estudio en profundidad de yacimientos claves y excepcionales que proveen información sobre el trabajo en determinados materiales, como la madera o la lítica, así como sobre los sistemas de asentamiento y los tipos de vivienda empleados. Este es el caso del yacimiento Los Buchillones, ubicado en la región central de Cuba, donde se han rescatado cientos de piezas de madera y de yacimientos ubicados al norte de la provincia Vila Clara que han propiciado un replanteo de las cuestiones y rutas migratorias de las comunidades apropiadoras más tempranas de tipo Seboruco-Mordan.
  - Replanteo de algunos temas con nuevas ópticas. Es el caso de los grupos o comunidades definidas como protoagrícolas,

---

sobre los que se ha iniciado una revisión crítica y fructífera de la información precedente hasta llegar al análisis de matices y contextos regionales así como los componentes de sus registros arqueológicos.

- Aumento del número de fechas o datos de cronología existentes, lo que no sólo es importante para una valoración de Cuba sino un elemento imprescindible en la comparación y en la inserción en el contexto caribeño, en especial en las Antillas.
- Desplazamiento desde una posición marxista ortodoxa hacia una posición teórica abierta y asimilativa de los resultados de otros enfoques arqueológicos o teóricos. Sin embargo, a nuestro juicio, la Arqueología cubana precisa de un enfoque con mayor imbricación o conexión con el Caribe en sus interpretaciones, romper o saltar del aislamiento institucional e interpretativo en la relación de los fenómenos y en el análisis de sus comunidades.

### **III. MIGRACIONES EN EL CARIBE PRECOLOMBINO**

**E**l tema de las migraciones desde el Caribe o hacia el Caribe constituye uno de los elementos más recurrentes en la mayor parte de los estudios contemporáneos del área. Este interés ha sido motivado en buena medida por la importancia que se concede en la actualidad a las migraciones como mecanismos económicos de supervivencia o para el equilibrio de muchas sociedades de la región, así como a la valoración de los impactos de este fenómeno en la cultura de los emigrantes y de las sociedades receptoras.

Ante esta situación la aproximación a los procesos migratorios ocurridos en el Caribe precolombino puede parecer una curiosidad trasnochada o la repetición de cuestiones supuestamente archiconocidas, que solo adquieren alguna trascendencia para explicar el contacto y la posterior emigración europea.

En realidad el interés por el pasado precolombino del Caribe, que ha sido una constante desde el siglo XIX, ha traído aparejado la búsqueda y perfeccionamiento de los medios y formas para su mejor

compresión, al punto de haberse logrado cierta especialización en los aspectos de la vida de este período además de la transformación de muchos patrones históricos y arqueológicos tradicionales.

La nueva visión de esta etapa pretende ir más allá de las simples consideraciones sobre una mal llamada prehistoria, cuyas huellas actuales sólo pueden rastrearse en supervivencias materiales muy evidentes o repetidas en la toponimia. Se trata de comprender e hilvanar con sentido analítico el comportamiento socioeconómico de las distintas comunidades que precedieron la llegada del europeo, para entender mejor los propios procesos ocurridos en la conquista y después de ella. Se trata de conocer cómo se constituyó el soporte humano y cultural destruido en buena medida por los conquistadores, para entender mejor esa destrucción. Es decir, se trata de entender la génesis de las culturas caribeñas y su diversidad desde su expresión más original y prístina en un proceso de continuidad histórica que no fragmenta la historia en “antes de” y “después de”.

Dentro de la amalgama de conocimientos renovados, los referidos a los procesos migratorios y de difusión han evolucionado desde enfoques puramente etnográficos y etnológicos, que extrapolaban aspectos existentes en reductos de población aborígen suramericana para explicar el desarrollo y los movimientos de las comunidades precolombinas, o netamente historicistas que sólo validaban las informaciones emitidas por las crónicas del contacto, hacia enfoques materialistas interpretativos en los que las investigaciones arqueológicas desempeñan un papel primordial<sup>6</sup>.

Las concepciones del llamado particularismo histórico norteamericano fueron durante mucho tiempo las bases para el

---

<sup>6</sup> En los últimos años los estudios sobre los procesos migratorios en el Caribe precolombino también se han enriquecido y complementado a partir de los estudios de ADN mitocondrial (Martínez Cruzado, et al. *El ADN mitocondrial revela migraciones precolombinas a Puerto Rico*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Arqueología del Caribe, Santo Domingo, 2003).

estudio de las migraciones precolombinas hacia el Caribe y sobre todo hacia las Antillas. En el centro de estas interpretaciones había criterios pre-establecidos de una marcada tendencia en el hombre hacia la imitación y muy escasa hacia la creación independiente, lo cual hacía esenciales las explicaciones difusionistas para entender este proceso y al mismo tiempo la explicación para la aparición de muchos rasgos y procesos culturales cuyo origen siempre se buscaba en lo externo.

Como resultado de estas concepciones, las migraciones fueron el fundamento esencial para explicar el desarrollo cultural precolombino y el motor de la evolución y el desarrollo de los grupos humanos, sobre todo en las Antillas; así, por ejemplo, la irrupción de las comunidades aruacas agricultoras procedentes del norte de Sudamérica representaban la difusión de la etapa neolítica hacia las islas y la superación de una etapa primitiva inferior conocida como Ciboney. En este sentido, el término migración siempre se equiparaba con el de difusión y si se quiere con el de colonización, además de manejarse dentro de los marcos de hipótesis que casi siempre relacionaban un área con una edad y esta última sólo con términos de tiempo o cronología.

La utilización del concepto difusión con el sentido de “aculturación”, o en el mejor de los casos como “transculturación” ha ampliado el horizonte interpretativo de las migraciones precolombinas y sus implicaciones, sobre todo a partir de nuevos datos aportados por los registros arqueológicos. Desde esos puntos de vista la difusión no niega o descarta la posibilidad de evolución local en el marco caribeño y viceversa, sino que más bien ambos factores operan de manera estrecha y compleja para promover o contribuir al cambio cultural (Meggers, 1997).

Desde el punto de vista arqueológico se ha comenzado a tener claro que la difusión de un rasgo es significativa sólo en la medida que ofrece un diagnóstico y permite inferir la real asimilación del resto del complejo del que forma parte, por lo cual la valoración extrema

de la difusión no permitiría justificar el desarrollo de las culturas aborígenes existentes al momento de la irrupción europea; un proceso de este tipo no pudo ocurrir a pesar de tratarse de migraciones hasta cierto punto organizadas de núcleos de población, pues sobre esas migraciones funcionaron los procesos de readaptación a un medio diferente del originario y en muchos casos el contacto e interacción con poblaciones precedentes que tenían una experiencia cultural distinta. Todo esto contribuyó a crear un complejo cultural original que surgió de la modificación y rediseño, en no pocos aspectos, de la base cultural emigrante.

Estos presupuestos parecen ser una de las claves para entender mejor los procesos migratorios y de difusión cultural hacia las Antillas de este período. Estos procesos migratorios no pueden observarse como petrificados, como si los nuevos inmigrantes no sufrieran transformaciones o recibieran otras influencias —esto afirman algunos estudiosos e historiadores al limitar la cultura de grupos como los caribes o los taínos sólo a sus bases suramericanas— con rasgos siempre prefigurados e invariables, sin sopesar los procesos de simbiosis cultural y económica ocurridos en el marco isleño.

Es imposible negar las bases de la cultura taína y caribe en los grupos de selva tropical suramericana, o poner en duda la evidencia de su ruta migratoria probada por la Arqueología y otras disciplinas, pero también es posible seguir la transformación de sus culturas de origen en las Antillas, no sólo por la nueva visión del entorno, sino también por los choques con una población predecesora que tenía más de 500 años de habitar las islas y que había logrado—sobre todo en algunas regiones de las grandes Antillas— niveles de desarrollo e identificación que podían definirla casi con un carácter étnico o de nueva tradición cultural. Desde ese punto de vista podemos afirmar siguiendo al arqueólogo dominicano Marcio Veloz (1991) que la llamada cultura taína es una expresión genuina antillana, sin desconocer que una parte esencial de la materia prima se encuentra en la zona continental y otra en los grupos recolectores que ya

poblaban las islas. Es decir, desde el 5000 ANE, fecha alrededor de la cual penetraron los primeros pobladores de las Antillas, hasta 1492, hay un lapso que permite percibir el nacimiento de las primeras culturas antillanas.

De todos estos planteamientos se desprende que la vida precolombina en las Antillas se desarrolló a partir de formas que guardan estrecha relación con las características y particularidades de las comunidades que habitaron en distintos momentos las costas del Caribe Ribereño o continental, pero no sólo en una relación unívoca con una de ellas.

Cuando se habla de los primeros habitantes antillanos son muchos los que insisten en conocer cuáles fueron los motivos que hicieron posible los movimientos de población hacia esta región. Otra pregunta que salta de inmediato es la referida al momento en que los hombres de ciertas zonas del continente decidieron arriesgarse en este tránsito peligroso y hacia una ruta hasta cierto punto desconocida; sin embargo, es justo pensar que ningún grupo humano decidido a cambiar de hábitat lo hace al azar, y he ahí uno de los primeros puntos a considerar.

Los primeros grupos referidos, que salieron desde las costas continentales, conocían la existencia de espacios donde la ecología era parecida o similar a la de origen. Ello se explica en primer lugar porque —sobre todo en esta etapa— para lograr la explotación de un medio distinto se necesitan también mecanismos sociales y productivos distintos, por tanto las sociedades en sus desplazamientos o movimientos escogerán ambientes para los que poseen medios de explotación —excepto en condiciones de presión bélica o crisis naturales— en otras palabras, aquellos para los cuales están preparados y de ahí las recurrencias, en cuanto a la organización de la habitación, que la Arqueología ha denominado “patrones de asentamiento”.

Ejemplos elocuentes de esta situación son las tres primeras grandes oleadas, casi todas alrededor de un mismo período (4000 ANE), las cuales parecen corresponderse con expresiones culturales diferentes

del modo de vida recolector, entre las cuales, por demás, se observan variaciones en cuanto a los puntos de origen.

Para los investigadores estas migraciones son reveladoras de cambios climáticos en sus zonas de procedencia, pues sólo esto explicaría cómo de manera simultánea y desde puntos distantes, grupos que estaban adaptados a determinados entornos decidieran abandonar una relativa estabilidad para acometer una aventura marinera.

La entrada en el llamado período Holoceno parece haber provocado cambios en el nivel del mar, que afectaron notoriamente el hábitat en muchas partes del continente y esto limitó las posibilidades de regeneración al salinizar grandes zonas y afectar sistemas ecológicos estables y con permanencia milenaria. Una situación de este tipo parece haberse producido en el norte de Sur y Centroamérica; sin embargo, este proceso natural —elevación del nivel del mar— no parece haber sido tan violento en las islas donde los nichos ecológicos fueron permanentes y explotables.

Los estudios de los grupos con esta naturaleza han permitido comprobar que las bandas se mueven con parte de su menaje y dejan otros instrumentos de explotación del medio en lugares a los que se suponen regresan para nuevas incursiones. Por tanto, para ellos es fundamental la materia prima para su instrumental de trabajo y la garantía de que la misma exista en el nuevo sitio al cual se han de integrar. En otras palabras, los elementos físicos como los cambios climáticos y sus derivaciones, y los elementos culturales como la búsqueda de recursos similares a los de origen, son dos de los puntos básicos para explicar las primeras migraciones precolombinas, puesto que los nuevos lugares permitirían seguir usando los mismos métodos de supervivencia, con poca variación en el instrumental de producción y los sistemas tradicionales, los cuales eran más difíciles de cambiar que el medio mismo.

La observación de esas poblaciones recolectoras ha demostrado que en varios lugares de las costas del Caribe existían suficientes condiciones y conocimientos de navegación para enfrentar el

movimiento o traslado organizado hacia las islas, además de reflejar como muchos de los puntos donde estas sociedades alcanzaron mayor auge son áreas cuyas condiciones geográficas facilitaban ese objetivo. Este panorama develado por la Arqueología de las últimas décadas, ha modificado la apreciación—para muchos, aún válida a fuerza de repetirla— de un origen único y una vía de acceso única para las primeras poblaciones antillanas. La Historia más temprana de nuestras islas no es el resultado de una migración unilateral desde un punto específico del continente, sino de varias líneas de ocupación y movimientos migratorios que al parecer también reflejan la existencia de varias tradiciones técnicas y económicas orientadas hacia un propósito común: la predación.

La diversidad de culturas que hoy observamos en el Caribe, y en especial en las islas, es algo que caracterizó el espacio desde sus propios inicios como región histórica. En este comienzo desempeñó un papel esencial la dispersión casi coetánea hacia estas, lo que facilitó la interacción entre sociedades con un nivel de desarrollo similar al explotar un mismo espacio.

Las primeras comunidades de este tipo en las Antillas parecen estar emparentadas con grupos que para esa fecha ocupaban buena parte de Centroamérica, en especial las zonas cercanas a las costas de Belice, mientras otras hipótesis las remiten al sur de los Estados Unidos, donde algunas similitudes en los rasgos de tipologías de los instrumentos líticos así como datos cronológicos no hacen del todo desechable estas suposiciones. Esta primera migración se complementó posteriormente con comunidades cuyos modelos de adaptación y rasgos culturales las hacen afines con las poblaciones ubicadas en la costa oriental de Venezuela y Trinidad respectivamente, cuya presencia en el arco antillano, sobre todo en las grandes Antillas, se constata para los 3000 y 2500 años ANE (Veloz, 1996).

De lo anterior se desprende que los primeros grupos que cubrieron el arco antillano e impusieron en él sus modelos de adaptación originarios no deben ser tratados dentro de un tipo humano único

reconocido como Ciboney —recreado por las crónicas— con un modo de vida estático o dividido en dos aspectos vistos en sucesión; en realidad, se trata del resultado de una diversidad de culturas, de su coexistencia e interacción.

Por otra parte, a las migraciones tradicionales reconocidas para los grupos agricultores parecen haber antecedido, e incluso coexistido con ellas, algunas oleadas de inmigrantes cuyo nivel de desarrollo socioeconómico se hallaba en el tránsito hacia la producción de alimentos. En la década del setenta comenzó en Cuba y República Dominicana un reconocimiento a fondo de comunidades con estas características —definidas como protoagricultoras por la Arqueología cubana—, a las cuales se les atribuyen procedencias que van desde un origen autóctono en las grandes Antillas, hasta vínculos estrechos con regiones continentales; entre estas últimas, el área de Barlovento en Colombia, el Orinoco Medio en Venezuela y la zona del valle del Misisipi en el sur de los Estados Unidos.

Es bueno señalar que en todos los casos el presunto origen externo para estos grupos se maneja con la posibilidad de migraciones directas hacia las Antillas mayores, pues hasta el momento no existen indicios o un reconocimiento de esta población en las pequeñas Antillas ni en las Bahamas.

Un panorama distinto ofrece la migración aruaca con bases en la zona oriental de Venezuela. Su irrupción en el arco antillano está reportada para el siglo II ANE y su ocupación fue la característica esencial de lo que pudiéramos llamar la historia media del Caribe.

Sin dudas ocurrió una fusión entre los nuevos habitantes y el sustrato de población anterior y no una sustitución o el desplazamiento totales; esto lo evidencia el uso de artefactos del período precerámico por parte de los agricultores así como la supervivencia entre ellos de tecnologías propias de los grupos previos.

Los grupos agricultores parecen haber penetrado en las Antillas en un proceso migratorio caracterizado entre otras cosas por la presión

de sociedades “segmentarias” o de “linaje” sobre un amplio sector selvático. Sus primeras manifestaciones isleñas se encuentran en la isla de Trinidad, muy cercanas a las costas de Venezuela, pero también se observa una plaza fuerte en islas como Antigua, Guadalupe y San Martín, donde se produjo una importante transformación de su sistema económico, fundamentado sobre bases más aplicables al continente. En los últimos años el desarrollo de las investigaciones arqueológicas en las grandes antillas y la obtención de nuevas dataciones para este espacio<sup>7</sup> han afianzado las evidencias de hipótesis que consideran la existencia de migraciones directas desde zonas del continente hacia estas islas. Las suposiciones aunque precisan de una mayor confirmación son evidencias, a nuestro parecer, de un proceso de cambio y transformación en los esquemas sobre la etapa precolombina del área.

El abandono parcial del sistema de cultivo —conocido como de tala y quema— fue el principal cambio enfrentado por estos nuevos pobladores. Este cambio estuvo aparejado con el incremento de la pesca y la recolección marina para suplir el déficit de terreno y la feracidad de los suelos, en áreas donde era imposible desarrollar un cultivo extensivo.

La adaptación isleña de estos inmigrantes precolombinos está bien definida para el espacio comprendido entre la isla de Trinidad y el oriente de Puerto Rico; en esta última, estudios realizados en su parte norte revelaron en detalle el proceso de transformación de los grupos selváticos que ya hacia el siglo IV AC habían logrado afianzar patrones de vida muy estables y comenzaban el tránsito hacia una expresión local de desarrollo.

---

<sup>7</sup> Para mayor información al respecto puede consultarse a Marcio Veloz y Elpidio Ortega “Punta Cana y el origen de la agricultura en la Isla de Santo Domingo” en *Ponencias del primer seminario de arqueología del Caribe*, Editado por Marcio Veloz y Ángel Caba Fuentes, República Dominicana, 1995.

Veloz, Marcio. “Los agricultores tempranos en la isla de Santo Domingo”. En *Culturas aborígenes del Caribe*, Santo Domingo, Ediciones del Banco Central de la República Dominicana, 2001.

Es evidente que los primeros grupos agricultores insulares desarrollaron nuevas expresiones culturales en cada isla, y que a su vez el intercambio entre estas fue intenso. En este caso las expresiones alfareras, que son las evidencias más seguras para seguir las huellas étnicas de estas sociedades, revelan que en las Antillas Mayores los desarrollos locales fueron una constante. Por otro lado, los contactos fluidos entre las islas y la zona continental están verificados en espacios como la costa sur de la isla de Puerto Rico donde, hacia el siglo IV DNE aparecen alfarerías muy similares a las del yacimiento venezolano conocido como “El Cuartel” y restos de fauna propia de esta zona continental (Veloz, 1991).

En resumen, podemos referirnos a Puerto Rico como un importante centro experimental en este período de la Historia antillana, pues hasta el momento es el área donde se aprecia con mayor nitidez la génesis de expresiones locales que más tarde estarán presentes en Santo Domingo y Cuba. En el espacio puertorriqueño las huellas estilísticas iniciales de la cerámica sufren cambios que se aparejan a cambios económicos que van desde una agricultura extensa hacia una intensidad productiva asentada sobre otros métodos.

A partir de ese momento los aruacos antillanos iniciaron un proceso claro de distribución de espacios; hacia el siglo VIII y IX DNE con plazas ceremoniales bien descritas en el caso de los taínos por la crónica conquistadora. Esta capacidad de extensión es además palpada por la rápida dispersión interisleña del nuevo esquema o modo de vida, reconocido por la Arqueología como representativo de las llamadas sociedades ostionoides.

En el aspecto social, las características de las comunidades de selva tropical en las cuales no existen rasgos cacicales o de jefatura, sino rangos variables en relación con habilidades propias y personales, se transformaron hacia una presencia de jefaturas o poderes más comunes a las sociedades en tránsito hacia estamentos de poder. Los poblados se ampliaron y las huellas alfareras indican el comienzo o

la base de los estilos alfareros conocidos como Boca Chica y Meillac, representantes de la llamada cultura taína y macorix<sup>8</sup>.

Evidencias de la derivación de estas dos últimas expresiones culturales de los habitantes locales ostionoides<sup>9</sup> han sido bien comprobadas en yacimientos de la isla de Santo Domingo, donde además se observa un desarrollo simultáneo a partir de la coexistencia de estos tres tipos de sociedades. En el caso de Cuba, aunque no es clara la secuencia Ostionoides sí se observa la coexistencia entre Taínos y Macoriges, estos últimos reconocidos como subtaínos en algunas clasificaciones arqueológicas.

Los Taínos en realidad aprovecharon y resumieron los avances de grupos anteriores, perfeccionaron las técnicas del montículo agrícola, usaron el maíz como elemento de subsistencia sin abandonar la yuca y constituyeron una sociedad ceremonializada que a partir del siglo XII se dispersó desde La Española para alcanzar Jamaica, Cuba y Puerto Rico y así conformar una región cultural bastante homogénea a la llegada del conquistador.

La migración de los llamados Caribes parece haber sido la última reconocida antes de la migración europea. Procedentes de las costas orientales y centrales de Venezuela, de donde habían desplazado a las poblaciones aruacas continentales, los caribes parecen haber

---

<sup>8</sup> La relación de la cerámica del estilo cerámico Meillac con la cultura identificada como Macorís en las crónicas históricas ha sido desarrollada por autores dominicanos en sus investigaciones, entre ellos Marcio Veloz en su obra *Panorama Histórico del Caribe Precolombino*, Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo, 1991, p. 186-187, y José Guerrero junto al propio Marcio Veloz en su obra *Los inicios de la colonización en América*, Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, República Dominicana, 1988, p. 13.

<sup>9</sup> En fecha reciente, a partir de los estudios en la región este de la isla de Santo Domingo ha comenzado a vislumbrarse la existencia de una migración de agricultores muy temprana cuya mezcla con el estilo alfarero reconocido como ostionoides derivaría hacia los estilos tradicionales Meillac y Boca Chica. Las expresiones más claras de esta posible transición se ubican hasta el momento en el yacimiento Punta Cana. (Veloz y Ortega, 1995; Veloz, 2001). La posible continuidad en esta secuencia ha sido estudiada más recientemente en el yacimiento La Iglesia (Ortega, Atilés y Ulloa) también ubicado en la región este de la isla.

llegado a las islas en grandes razzias por lo que su dominio de la navegación en el marco de las Antillas fue de suma importancia para su propia supervivencia.

La mezcla de la población Caribe con los aruacos insulares está refrendada por las fuentes etnográficas que describen a los llamados indios ciguayos, cuyas características físicas y atuendo coinciden con las descritas para los Caribes; sin embargo, la alfarería recuperada en sus asentamientos por la Arqueología tiene las particularidades de la alfarería taina. La explicación de este fenómeno según varios estudiosos del tema, se encuentra en el rapto de las mujeres tainas por parte de los caribes y en la precisión de que en este tipo de sociedades son las mujeres quienes realizan las labores de alfarería. Aunque lo más importante de esta situación es que muestra la existencia de mecanismos culturales que, por diferentes vías, propiciaron la mezcla de las poblaciones aborígenes que habitaron el Caribe en diferentes momentos de su más temprana Historia.

A manera de resumen podemos indicar lo siguiente:

- a) Buena parte de la historia más antigua del Caribe se resume a partir de sucesivos procesos migratorios y la dispersión de sociedades representativas de expresiones culturales distintas. El paso de estos núcleos de población de manera sucesiva no solo elimina las posibilidades de un proceso migratorio albur, sino que también es muestra del reacondicionamiento de las sociedades emigrantes a partir del contacto con otros núcleos poblacionales de similar o distinta orientación cultural y nivel de desarrollo.
- b) El hecho de que los vínculos interisleños se mantuvieran de manera estable hasta períodos avanzados, como el siglo XVI, puede señalar la existencia de vínculos parentales y políticos entre los territorios que ayudaban a perfilar una visión muy general y universal de las culturas precolombinas al momento del contacto. Es de suponer que esta misma

integración es la señal de una redefinición de las culturas primarias para el surgimiento de una cultura propiamente antillana cuya expresión más señalada es la llamada cultura Taína.

- c) La definición de cultura Taína va más allá de una cultura fría o estática cuyas esencias son iguales a las del momento migratorio. Muchos de esos rasgos habían cambiado su función y otros elementos nuevos se añadieron al reproducirse tanto física como socialmente en un nuevo entorno.
- d) Las Antillas se perfilaron desde la etapa precolombina como un espacio cultural que mantuvo vínculos e intercambio con algunas partes del continente, como muestran objetos colectados en algunos yacimientos, sin embargo el fortalecimiento e integración como unidad cultural y étnica de esta región ya en los tiempos cercanos a la conquista, la hizo más fuerte ante las posibles influencias y difusiones desde otras áreas e, incluso, más resistente ante el empuje de otros movimientos migratorios como el de los caribes.

## IV. ARQUEOLOGÍA, ECOLOGÍA Y SOCIEDADES PRECOLOMBINAS EN EL CARIBE

Los fenómenos vivenciales producidos por el quehacer humano son el resultado de un conjunto de actividades sociales y representan las acciones y comportamientos disímiles de grupos humanos con diferentes niveles de desarrollo, complejidad, y capacidad productiva; por tanto, la transformación, explotación e incluso preservación del medio ambiente puede expresarse a través de áreas de actividad convertidas a su vez en escenarios de cotidianidad.

Desde este punto de vista un yacimiento arqueológico no sólo es una localidad donde se localizan artefactos, sino también ecodatos, por lo que su estudio debe tratar de establecer tanto un “ordenamiento humano” como un “ordenamiento natural” (Vargas, 1990: 20).

En esa relación recíproca e histórica entre sociedad y naturaleza, donde la sociedad constituye el elemento decisivo, la ecología es sentida, aprehendida y modificada, por un conjunto de acciones inteligentes de los seres humanos, los que a su vez se modifican a sí mismos y crean contextos variables según lo que producen, como lo producen y de alguna manera el dónde lo producen.

El criterio de producción es indudablemente el relacionador del ser humano con su medio y es a su vez una expresión de su vida social. Este criterio implica identificar qué recursos se extrajeron, si se modificaron u aprovecharon directamente, qué instrumentos de producción se emplearon y por tanto qué tipo o tipos de uso se dio al medio.

En las investigaciones arqueológicas ha existido, y existe en alguna medida, la tendencia a asumir de manera estrecha estos enfoques. Al absolutizar los medios por los que un grupo humano obtiene la subsistencia del ambiente, se han creado clasificaciones y sistemas culturales donde la cultura es vista sólo como una manifestación externa, material o somática de adaptación, y se subestiman las capacidades de las comunidades precolombinas para transformar el medio a partir de una multiplicidad de variables surgidas de su propia experiencia y evolución social.

La existencia entre las comunidades aborígenes de diversas praxis para organizar su producción, para organizar su vida, no es sólo una expresión de formas de comportamiento adaptativo a una misma ecología, sino de las bases productivas que poseían las comunidades precolombinas para actuar sobre un objeto de trabajo determinado, la ecología.

En las islas antillanas de algunos milenios antes de nuestra era se produjo una actividad humana desarrollada por sociedades o grupos de recolectores, cuya producción estaba dada por un supuesto esencial: la naturaleza; a partir del cual el instrumental productivo podía ser reajustado, enriquecido o abandonado según lo exigiera el medio y la propia reorganización de la fuerza de trabajo.

La formación de sistemas de asentamientos en zonas de playas o de fondos bajos y arenosos, la explotación de los manglares y albuferas así como de bosques húmedos muy prolíferos en fauna terrestre fue la nota más distintiva de estas comunidades, con una alta dependencia de la naturaleza. Estos ámbitos con amplias posibilidades de explotación de fauna, no sólo constituyeron una importante opción

habitacional, sino los espacios arqueológicos más sobresalientes donde actualmente se observan procesos de entrecruzamiento de tradiciones tecnológicas diferentes, que culminaron o dieron pie a transculturaciones a partir de las cuales entraron en vigor nuevos conceptos técnicos y otros decayeron (Veloz, 1975).

Estos procesos de mezcla de tradiciones, ocurridos desde tiempos tan tempranos en las Antillas, expresan y reflejan la existencia de diversos modos de vida entre los recolectores, donde los mismos nichos ecológicos fueron acometidos con formas productivas diferentes y con tecnología e instrumentos de producción disímiles, relacionados con experiencias predatoras adquiridas en zonas del continente. Dichas experiencias le imprimieron a estas comunidades una personalidad o expresión identificadora, que se extrapoló, con algunas variaciones, para explotar el medio isleño.

Seguir estas líneas o tradiciones tecnológicas y productivas ha permitido identificar más de una vía de ocupación del arco antillano, con epicentros que parecen estar localizados en zonas litorales de Centroamérica, el norte de Sudamérica y el sur de América del norte.

Según los arqueólogos Marcio Veloz y Agamenon Pantel (1989) desde el punto de vista arqueológico las tradiciones podrían resumirse en:

- Grandes concheros en los que predominan los materiales líticos pulidos y artefactos especializados como morteros, pesas para redes, agujas de hueso, etc.; los mismos revelan una transición hacia formas de habitación más sedentarias e incluyen no sólo la explotación de recursos marinos sino un cierto dominio sobre los recursos vegetales bien alejados de este ámbito. Sus ascendientes continentales han sido revelados en yacimientos arqueológicos de Venezuela como Ño Carlos, Remigio, Las Varas, entre otros, mientras las manifestaciones fundamentales para el arco antillano están representadas en asentamientos como Banwari Trace en la

isla de Trinidad, Cueva de Berna en la República Dominicana y Cayo Redondo en Cuba.

- Una segunda tradición se identifica con la recolección costera combinada con la pequeña cacería y la utilización de la madera como elemento importante. Sus instrumentos más destacables están realizados en sílex o pedernal además de materiales cuarcíticos. Los lugares donde abunda este tipo de materias primas son un motivo de atracción para el asentamiento. Algunos lugares antillanos con estas peculiaridades están representados por los yacimientos Seboruco y Levisa en el Oriente de Cuba, Barrera y Mordán en la República Dominicana y Cabaret en Haití. Se trata por demás de las ocupaciones más tempranas de las grandes antillas.
- Una tercera línea se relaciona con la recolección especializada de moluscos de fondos bajos y arenosos, sin que se observe una marcada tendencia a la recolección o explotación de los recursos vegetales. En ella la materia prima fundamental es la concha y todo parece indicar que esta forma de explotación está más vinculada a un desarrollo regional caribeño con gran fuerza en la antillas mayores. Sus representantes característicos son yacimientos del nordeste de Venezuela, en especial la isla de Cubagua, así como los asentamientos Krum Bay en las Islas Vírgenes y Cueva Funche y Guayabo Blanco en la isla de Cuba (Veloz y Pantel, 1989).
- La cuarta línea constituye una de las cuestiones más interesantes en la actual Arqueología de las Antillas. Se trata de comunidades en las que perviven en buena medida las formas de adaptación y aprovechamiento de la naturaleza descritas para los grupos precerámicos, pero vinculadas a un desarrollo alfarero inicial y a posibles formas agrícolas incipientes. La descripción de sus contextos arqueológicos evidencia procesos de neolitización iniciales que se

desarrollaron en algunas antillas producto de un proceso evolutivo de las comunidades recolectoras, donde los recursos vegetales asumen una gran preponderancia, o por la irrupción de nuevos núcleos comunitarios con estas características desde zonas del continente.

Esta última idea ha manejado esencialmente un arribo desde zonas del Caribe colombiano así como desde el sureste de los Estados Unidos.

Dentro de esta gama de explotaciones del medioambiente el conocimiento de los ciclos de la naturaleza debió desempeñar un papel fundamental; alimentación y crisis alimenticias en este tipo de sociedades son realidades que se producen por fallas tecnológicas en la explotación de la ecología, de ahí que él o los fenómenos transculturales que tuvieron lugar en las Antillas —donde se hibridaron las diferentes tradiciones— trajeron aparejados una mayor y mejor capacidad de respuesta, una mejor integración del ser humano con el medio, que arqueológicamente se traduce en mayor riqueza y estabilidad de los asentamientos con estas características.

Resulta interesante señalar que en estos procesos de cruzamiento o transculturación, determinados nichos ecológicos debieron desempeñar un papel esencial, sobre todo, por que la rapidez en su recuperación debió constituir un factor de atracción y reconstitución de comunidades donde los procesos de agregación y desagregación son constantes al romperse el equilibrio predación -estabilidad. Es decir, pudieron constituir el espacio físico para el encuentro de comunidades que con un mismo modo de producción poseían modos de vida diferentes.

La entrada de los grupos agricultores en el arco de las Antillas, hacia el siglo III AC, lejos de traer aparejada la desaparición total de las comunidades recolectoras debió proporcionar ciertos intercambios positivos con éstas, donde los agricultores recibieron informaciones importantes sobre zonas ecológicas productivas, así como experiencias en la utilización de instrumentos productivos, que

fueron asumidos y reformados por estos pero siguieron las pautas de explotación del medio ya iniciada en siglos anteriores.

Los recolectores debieron afianzar aún más su estabilidad, lograda por la especialización de ciertas funciones dentro de la comunidad y por la explotación más efectiva de nichos ecológicos favorables, que desembocó en posibles fórmulas agrícolas primarias acompañadas del trabajo de la cerámica. Parece lógico pensar en un proceso de asimilación o transculturación entre recolectores y agricultores que pudo originar sociedades más estables donde la recolección paulatinamente va cediendo paso a la domesticación, adopción o explotación intensa de especies vegetales. El caso más representativo quizás podemos encontrarlo en el uso intensivo, tanto por los recolectores o ceramistas incipientes como por lo agricultores, de la guáyiga (Veloz, 1992), cuya formas de explotación pudo ser transmitida a los nuevos pobladores agricultores a partir de las experiencias de las comunidades precerámicas .

Las posibilidades de esta transferencia de conocimientos y de vínculos culturales no sólo es observable a partir del análisis de algunos componentes de los contextos arqueológicos sino también a partir de los datos históricos, en los que se señala la supervivencia en zonas aisladas —como el occidente de Cuba— de comunidades recolectoras hasta la propia llegada de los europeos.

La explotación del medio isleño por las sociedades agricultoras como ya hemos expresado resultó enriquecida por la experiencia tomada de los grupos preagrícolas, sin embargo es justo señalar que estas experiencias junto a otras de mayor viabilidad fueron el resultado de cambios en sus formas iniciales de producción en las que influyó el nuevo entorno natural, las islas.

El medio isleño en un primer momento no debió representar un obstáculo para el sistema agrícola que practicaban estas sociedades —de tala y quema— muy extendido entre las sociedades aborígenes agricultoras del continente. Hacia el siglo V d.n.e el uso de la tierra en las Antillas Menores sin embargo debió padecer o entrar en una

crisis, a partir de un crecimiento demográfico y la disponibilidad de tierras, además de las propias particularidades del sistema de explotación agrícola que implicaba una segmentación constante de las comunidades y la necesidad de nuevas tierras para repetir el ciclo agrícola una vez una vez se agotaba la fertilidad.

Los reajustes económicos de estas sociedades implicaron una intensificación de la recolección, atenuándose el cultivo intensivo original y desarrollándose otros proyectos de subsistencia y junto a ellos el tratamiento más eficaz de otros entornos ecológicos, en especial los entornos marinos, como una forma de hacer más duradera la pervivencia en los espacios explotados (Veloz, 1988: 274).

A partir del siglo IX DNE aproximadamente comenzó a observarse en el marco antillano una mayor especialización en campos y área productivas, que aunque no significan un cambio definitivo y radical con respecto al sistema de cultivo itinerante, si son expresivas de la consolidación de un comportamiento económico que corre paralelo a nuevas concepciones del medio ambiente.

En este sentido se observa la explotación de zonas fluviales más distantes del mar, zonas de valles aprovechando la varzea de los ríos, así como el empleo de montículos agrícolas que de hecho significan un proceso de reintensificación de la agricultura y de dominio de nuevos ecosistemas.

El acomodamiento del ser humano a los diferentes espacios —sobre todo en las Antillas Mayores— será la nota característica de las sociedades agroceramistas, donde la feliz integración de formas diversas trajo aparejado un resumen de experiencias generales de todos los grupos antillanos, que al decir de algunos investigadores posibilitó el desarrollo de sociedades cacicales en algunos lugares de las Antillas. En estos casos lo que se destaca es la presencia de una agricultura que asume una relación con todos los sistemas y funcionan con procesos específicos para condiciones también específicas.

Por último podemos resumir que en el arco antillano las sociedades precolombinas desarrollaron patrones de habitación disímiles en los que influyó de manera notoria las contradicciones con el medio. Un mismo objeto de trabajo fue modificado siguiendo pautas distintas, lo que generó nuevas experiencias, modos de trabajar y en general de organizar la vida. Estos fueron rotos o dislocados en su equilibrio natural y social por la llegada de los colonizadores europeos.

## V. REFLEXIONES EN TORNO A LA CONQUISTA DEL CARIBE

**E**l Caribe está conformado por una diversidad humana reunida por múltiples procesos socioeconómicos, propiciadores de una compleja y fecunda interacción cuyo análisis es una de las principales líneas de pensamiento para entender la historia y cultura de sus pueblos.

Varios factores han intervenido en la creación de una imagen confusa de esta región, desde las variadas consideraciones sobre su delimitación geográfica o cultural, hasta las valoraciones de influencias ejercidas por las potencias europeas creadoras de supuestas fronteras entre un Caribe hispano, inglés u holandés.

Entre los factores enunciativos de un proceso histórico complejo y convulso, la introducción de esclavos africanos, con su abanico de matices y culturas, ha constituido uno de los acontecimientos más sopesados para definir las particularidades culturales del Caribe de hoy. La exacerbación de ambos puntos de vista puede conducir a imágenes distorsionadas o alineadas con conceptos de identidad exclusivos o excluyentes.

El enmascaramiento de rasgos culturales gestados desde los momentos de la conquista, o su valoración de manera superficial y esquemática, han influido en que una buena parte de los estudios y aproximaciones expongan los procesos socioeconómicos y culturales emergidos de un fenómeno tan evidente como la plantación.

El estudio de la plantación esclavista ha sido el fundamento heurístico elemental para definir los basamentos socioculturales de los pueblos caribeños, al extremo que algunos investigadores han identificado su formación con expresiones particulares de este fenómeno, donde ciertas similitudes han disminuido o disimulado las diferencias gestadas desde siglos anteriores a la instauración plantacionista para ceder su paso a un modelo de sociedad considerado común a partir de cierto momento para todo el Caribe.

En ese sentido, algunos estudiosos asumen la plantación caribeña como el renacimiento de un modelo económico que ya era aplicado desde el siglo XVI por España y Portugal en sus territorios de África e Islas Canarias, y que fue extrapolado<sup>10</sup> desde épocas muy tempranas al Caribe, sobre todo a la isla de La Española. De esta forma, cuando las colonias inglesas y francesas —en los siglos XVII y XVIII—, y más tarde las españolas, irrumpieron en el mercado europeo con productos derivados de la intensa explotación plantacionista se trataba de un sistema cuyas posibilidades se habían calibrado con anterioridad.

En esta reducción de la historia del Caribe a la historia del modelo económico de la plantación, se correlacionan particularidades

---

<sup>10</sup> Autores como Francisco A. Scarano afirman que la plantación azucarera esclavista de las Antillas remonta sus orígenes a las primeras exploraciones portuguesas y castellanas a lo largo de la costa occidental de África en el siglo XV. Según este autor, el negocio esclavista en estas costas recibió un fuerte estímulo con la creación del complejo azucarero portugués-canario. El impulso de la producción estimuló el consumo de azúcar en Europa y amplió las fincas azucareras en territorios como Madeira, Sao Tomé y Canarias, experimentos que constituyeron las primeras plantaciones esclavistas y el antecedente de la gran plantación caribeña (ver "Estructura de la plantación azucarera esclavista", en *Del Caribe*. Santiago de Cuba, No. 16-17, 1990).

socioeconómicas de diferentes momentos y espacios con fases en el desarrollo de este sistema, lo cual obvia otros elementos claves para aquilatar las características del Caribe en toda su dimensión, sobre todo en las Antillas.

Esto no significa que se niegue o se pretenda minimizar el papel de la plantación en los orígenes de las sociedades caribeñas, lo que se plantea es tomar en consideración las bases sobre las que se asienta este modelo, los factores humanos y sociales que la propia plantación modifica y que provocan matices en las diferentes regiones donde ésta se aplica. Es decir que propician que ésta no sea un proceso inalterable ni en el tiempo ni en la geografía.

Si bien la plantación rediseña todo el universo de relaciones tanto poblacionales como productivas en el Caribe, al significar un mecanismo de alta precisión capitalista, fue la propia oposición a ella el catalizador en la búsqueda de una cultura particular que modeló un proyecto de formación social y cultural particular para esta zona del mundo.

Los grupos humanos que la plantación incorporó o compulsó a la integración se yuxtaponen en una relación horizontal y forman el segmento mayoritario de la sociedad en el cual emerge la propia contraplantación. Este es el mecanismo, a nuestro juicio, de mayor inmersión de los valores de las sociedades autóctonas y a través del cual se integra en lo esencial a las bases de las naciones y las culturas del Caribe.

El otro tipo de relación que genera la plantación es una relación vertical entre explotadores y explotados que a su vez significa la lucha contra la exclusión y la deculturación. El entrecruzamiento de ambas fuerzas, la pujanza entre una y otra es donde, a contrapelo de algunas ideas superficiales, se imponen los mecanismos de resistencia que marcarán los orígenes de la cultura caribeña. En otras palabras en la lucha por destruir o modificar esa relación vertical, exacerbada al máximo con la plantación, es donde se generan las bases de lo caribeño.

En estas tensiones de las relaciones, la yuxtaposición de elementos poblacionales y culturales no es mecánica y los factores originales se desdibujan o se funden, no como resultado de una mezcla estática sino como surgencia dinámica, donde todo lo que fue está en lo que es (James, 2000).

Es este quizás el sentido más coherente en que podemos referirnos a la presencia palpitante de un sustrato aborígen y africano en el Caribe de hoy y es desde esta perspectiva que se encuentra más vivo o latente. Por tanto toda búsqueda o mecanismo que pretenda atrapar esta huella o trascendencia como algo estático no pasaría de ser un registro, también estático y no menos deformado de la cultura caribeña de hoy.

Por otro lado el analizar un modelo de sociedad plantacionista, quizás común en cierto momento para todas las islas caribeñas, no implica concebir sociedades estructuradas y relacionadas de manera idéntica desde sus comienzos; es por ello por lo que debe partirse de las condiciones impuestas a cada territorio por la conquista sin desdeñar las particularidades económicas, culturales y poblacionales de los núcleos autóctonos aborígenes.

Desde ese punto de vista, existe una diferencia básica entre las llamadas grandes Antillas y las pequeñas Antillas; las primeras fueron colonizadas en momentos muy tempranos, lo que dio margen a la gestación de una población cuya idiosincrasia, ideología y cultura se revirtieron en la plantación. Sus mecanismos de interacción sociocultural se mantuvieron latentes como elementos secundarios dentro de la estructura plantacionista o como principales al margen de ésta, en varios espacios de esa porción del Caribe.

Por su parte, en la mayoría de las pequeñas islas, la colonización se inició prácticamente con un devenir paralelo a la plantación, pues la Corona española los consideró territorios inútiles, lo que retardó los procesos de fijación a la tierra.

Las constantes incursiones en busca de fuerza de trabajo aborigen y su desarraigo con vistas a fomentar otros espacios colonizados, convirtieron estos territorios en especie de pequeñas factorías con escasos núcleos de población permanente, hasta la irrupción de otras potencias europeas.

Ante tal coyuntura, una aproximación a los aspectos sociológicos de la colonización antillana debe tomar como modelo principal las grandes Antillas, escenario donde se materializaron las primeras contradicciones y mestizajes fraguadores de una nueva escala de valores que evolucionó hacia lo criollo como fuente primaria de singular cultura, siglos antes del fomento de la plantación.

## **La conquista de las grandes Antillas y la mentalidad europea**

La Europa feudal dejaba atrás siglos de economía natural y básicamente autárquica y se convulsionaba con el ascenso de los artesanos y el comercio, como preludio de un nuevo régimen y una nueva clase social, el capitalismo y la burguesía. Sobre la base del tráfico mercantil se desarrollaba un nuevo tipo de hombre, en el que florecían nuevas ideas que ponían en crisis parte de la mentalidad y el soporte ideológico legal santificador del antiguo régimen.

No sólo se rompían ataduras económicas sino supuestas verdades eternas, reemplazadas por un ansia de saber y el examen abierto de la naturaleza, que corría paralelo a nuevas formas de cotidianidad y de organización del trabajo y de la vida.

El proceso de conquista y colonización de América, de las Antillas Mayores en primer lugar, actuó como una válvula de escape a una situación generada en Europa—en particular en España—por el advenimiento de relaciones capitalistas mercantiles, no fue sólo la necesidad de circulante superada por el oro y la plata del nuevo continente sino además la ruina de una masa de hidalgos y campesinos que vieron en Las Indias una posibilidad para resarcir su situación.

Así, la conquista en su faceta inicial se nos presenta con dos procesos de desposesión; en primer lugar, la desposesión de una masa campesina y la ruina de una buena parte del sector artesanal español, expropiados por la paulatina imposición de las nuevas relaciones de producción e impulsados hacia América en buena medida; en segundo lugar, la desposesión de las poblaciones aborígenes, la que además de violenta fue también de alguna forma consecuencia postrera del impulso capitalista, aunque reprodujo y readaptó algunos mecanismos feudales como formas de organizar la nueva realidad.

Los hombres que vinieron a América, sobre todo en los primeros momentos hacia las Antillas, aunque insertos en un naciente mecanismo económico capitalista y protagonistas de una empresa con este corte, mantenían un sistema de valores y una mentalidad permeada en buena parte por conceptos feudales; moral e ideológicamente, aún eran parte de ese sistema, eran consecuencia de su decadencia y en ellos se conjugaban estos factores contrastantes.

En otro sentido, los resultados de la conquista antillana pueden traducirse en una ampliación en la conciencia de los hombres del reconocimiento de nuestra propia especie. El mundo comenzó a configurarse en su sentido moderno, se reveló a sí mismo, al reconocer la llamada cultura occidental una imagen real, no mítica, del otro, que por demás se universalizó e inmortalizó a través de las imágenes literarias que de él proyectaron Colón y los cronistas de Indias.

### **La conquista. Su expresión doctrinal y económica**

La radicación en los territorios colonizados por España estuvo matizada por situaciones difíciles desde los primeros años, lo que motivó no pocas querellas y contradicciones entre los conquistadores, generadas en lo fundamental por las concesiones de tierras y derechos a explotar grupos de indígenas, pasos previos para obtener

la condición de vecino, imagen social trasladada a suelo americano que pretendía legitimar las relaciones sociales que imponía la conquista.

La emigración hacia América promovida por disposiciones legales de la Corona desde 1495 provocó no pocos problemas al romperse las expectativas de una buena parte de la población emigrante. Para aquellos que venían con ánimos de encontrar no pocos beneficios, la situación se tornaba difícil al tropezar con unos predecesores que habían distribuido las mejores riquezas e iban fomentándose como una oligarquía.

Ante esta coyuntura, funcionará una especie de mecanismo de retroalimentación, en cuanto a motivaciones para emigrar hacia nuevos espacios, la búsqueda de un encumbramiento social y pasar a una posición de avanzada en los nuevos procesos fundacionales.

La forma en que se organizaban las expediciones daba margen a estas oportunidades, al tener el carácter de verdaderas empresas privadas, concertadas a través de contrato o capitulación, en las que se avizoraban de antemano quiénes serían los avecindados y mayores beneficiarios, es decir la nueva aristocracia conquistadora.

Este proceso repetitivo, es en nuestra opinión, una de las principales causas del énfasis por descubrir nuevos territorios, a partir del momento en que resulta una de las formas más expeditas de encumbramiento personal con rápidas y certeras posibilidades de reconocimiento jurídico.

A este mecanismo de emigración retroalimentado contribuyó el Caribe antillano en su conjunto, en especial las grandes Antillas, como fuente y base de aprovisionamiento en el paso hacia el continente; desde estos años se fomentó un comercio que iría desde el casabe, o pan de la tierra, hasta la fuerza de trabajo aborigen para producirlo, lo que hacía de las islas laboratorio y resorte para la colonización de otras regiones.

Este fue el inicio de diferentes etapas en las cuales las bases económicas esenciales se fueron sucediendo desde la minería del

oro, que cedió su primacía al fomento agrícola ganadero, hasta determinados servicios necesarios en la armazón y mantenimiento de las expediciones. Así, en los comienzos, las grandes Antillas y el Caribe en su conjunto se perfilaban según los matices que imponía la metrópoli.

La agricultura del indio transformada en principal vía para garantizar el sustento del colono constituyó la base del primer negocio mercantil caribeño; se vendía el producto a quienes no poseían aborígenes ni tierras en usufructo, además de las expediciones, no sólo las generadas por el ansia de descubrir y conquistar sino también las que regresaban a Europa. Esto explica la temprana importancia de las islas de La Española, Cuba y Jamaica en el naciente comercio caribeño.

El sentido de precariedad en la materialización de los actos fundacionales como algo recurrente estuvo íntimamente relacionado con una dinámica, en la que el hecho de fundar tenía un fin práctico, asimilar temporalmente lo útil, lo aprovechable, más que un objetivo de afianzamiento a la tierra. Esta tendencia se erradicaría paulatinamente a partir de la segunda mitad del siglo XVI, cuando la fijación a la tierra de forma más sólida propiciará un cambio en las consideraciones económicas y el fomento de otras opciones al margen de la minería. Mientras para el aborígen comenzarían a promoverse proyectos que traslucen cierta intención de asimilación dentro del nuevo proyecto social.

En este aspecto es importante considerar el cambio brusco sufrido por el patrón de asentamiento de las sociedades precolombinas, que pasaron desde un modo esencialmente disperso de población hacia una especie de hacinamiento poblacional impuesto por el colonizador, lo cual influyó en la súbita interrupción de sus peculiares formas de

---

conducta cultural así como en la subsecuente desintegración de las mismas<sup>11</sup>.

Este impulso inicial hacia cierta agricultura de subsistencia, no totalmente alejada de ánimos lucrativos, supuso la continuidad de la explotación indígena y el uso intensivo de ciertos productos además del empleo de técnicas tradicionales para su obtención, e influyó en la concepción de las primeras vecindades antillanas, explotadas en forma de pequeñas y medianas estancias donde las posibilidades de exportación y comercialización de sus beneficios fueron marcando el sentido del monocultivo.

El tráfico de esclavos indígenas fue otra de las formas lucrativas en los momentos fundacionales y otro de los elementos dentro del naciente comercio caribeño. Este preludeo de las grandes cargazonas de africanos fue, junto a la explotación minera, una de las primeras formas para obtener utilidades en las tierras de América. Ambas opciones corrieron muy parejas y contribuyeron a delimitar las fronteras de la colonización en el Caribe.

Las islas, que desempeñaron un papel pasivo, propiciatorias de contingentes de esclavos aborígenes fueron explotadas muy intermitentemente y en su mayoría, al irrumpir en el escenario del Caribe otras potencias europeas, podían considerarse territorios conocidos pero no colonizados.

Desde el punto de vista ideológico, la colonización antillana no debe entenderse como un hecho que siempre inauguró actitudes, sino que las reinterpretó y adaptó a circunstancias histórico espaciales particulares. Un ejemplo muy concreto es la inclinación hacia elementos como el oro, pues la necesidad de circulante en Europa

---

<sup>11</sup> La propia encomienda es una expresión de este fenómeno. A través de la misma se dislocaba todo el patrón de asentamiento tradicional de estos grupos con el pretexto de su salvación. El verdadero propósito es el de moldear esta población en conformidad con el patrón de vida social española.

y el desarrollo del mercantilismo habían hecho socialmente sinónimos oro y poder, mientras el Nuevo Mundo ponía fin a los sueños de alquimia profesados desde el medioevo, que en su espacio tomaban connotaciones de leyendas y sueños como El Dorado.

El proceso colonizador reunió dos grupos con trasfondos culturales muy distintos, cuyos desarrollos evolutivos habían seguido durante siglos líneas y patrones divergentes, generadores de sistemas de valores distinguibles de manera clara a través de toda la llamada literatura de la conquista. La visión del nativo se apocaba o resaltaba, con virtudes o defectos, en la medida que su comportamiento era semejante al sistema de patrones éticos, morales, religiosos o sociales del europeo, aún cuando esas pretendidas semejanzas tuvieran sólo la apariencia externa y estuvieran muy lejos en cuanto a sus significados reales.

Las apreciaciones y valoraciones, que generalmente asumieron un ropaje religioso, hablaban de supuestas capacidades y cualidades para que los naturales se apartaran de prácticas paganas. Teorías como la del “buen salvaje” pretendieron ver al aborigen como un ser con aptitud y capacidad para ser enseñado, resaltando más las que se consideraban virtudes que la inadaptabilidad, asumida como supuesto vicio o defecto.

La imposición de un sistema de valores considerado occidental tuvo su trasfondo y fundamento jurídico-filosófico en la obra de Aristóteles, sobre todo en sus concepciones sobre la esclavitud y la barbarie. Al respecto existen importantes elementos a través de los cuales se entronizó la consideración de subordinados de las sociedades aborígenes, con trascendencia hacia las nacientes sociedades criollas o mestizas; el ejemplo más claro lo recogen las leyes de Burgos de 1512 donde se legisló y estipuló el comportamiento en Las Indias y hacia Las Indias.

Estas leyes enfatizaban la inferioridad de los bárbaros de América, a quienes se les achacaba una natural ingenuidad y pereza que los convertía en vasallos con cierta capacidad para imitar pero no para reflexionar.

El derecho a esclavizar al aborígen y apoderarse de sus tierras y recursos, no fue centro de discusión jurídica y teológica en los albores de la conquista, su consideración en la categoría de infieles, en un primer momento, justificó ciertas maneras y formas de proceder. A partir de 1510 se iniciaron reflexiones profundas al respecto, algunos doctrinarios cuestionaron que se sometiera a la esclavitud al indio sin antes realizar los pertinentes esfuerzos para su conversión, con lo que jurídicamente la población autóctona ganó el supuesto derecho de la predicación.

La situación encaminó los cuestionamientos hacia ese derecho, el que por demás significaba reconocer la condición humana del aborígen y lo desligaba de la esclavitud o servidumbre por naturaleza. Detrás de la discusión y el ropaje doctrinal existía realmente una controversia entre grupos e instituciones, y teorías de la colonización con matices teológicos. La iglesia, aunque dividida en sus concepciones, de una forma u otra justificaba la dominación del aborígen y no se oponía a la naciente oligarquía colonial. Por su parte, la oligarquía encomendera usaba la doctrina eclesiástica como fundamento para explotar los recursos naturales y humanos, sostén de su propio poderío. Por último, la Corona quería mantener al indígena como vasallo para disponer de él y limitar el excesivo poder que adquirirían sus representantes en los nuevos territorios.

De este análisis deriva la conclusión que aunque las principales instituciones y sectores de las nacientes sociedades antillanas no eran coincidentes en muchos aspectos, sí lograban confluír en torno a un punto vital: el aborígen y su sometimiento, que era sostén del naciente régimen colonial y parte de un entretejido social cuyos mecanismos significativos para avalar poder descansaban, entre otras bases, en la posesión de vasallos indígenas. De aquí que una de las principales causas del conflicto social, de una lucha entre los colonizadores, fuera el control de los repartimientos, es decir, la base estructural de las encomiendas y las garantías de las prebendas económicas.

## Las encomiendas y la élite colonizadora en las Antillas

La encomienda justificaba, desde el punto de vista jurídico, los designios y aspiraciones de la Corona, necesitada de explotar las nuevas tierras y minas de América, donde la aplicación de otras opciones había provocado no pocas contradicciones con la naciente oligarquía y sus pretensiones de poder ilimitado. A esto se unían cuestionamientos teológicos que se instauraron desde los comienzos de la esclavitud abierta de la población autóctona. La encomienda funcionaba con otras ópticas y en el orden legal significó un supuesto paso de avance en el tránsito de la esclavitud a la libertad personal del indígena: fue un compromiso inicial entre la Corona y los primeros conquistadores del Caribe, un esfuerzo por resucitar con afeites una organización social mediterránea donde supuestamente el señor debía proteger al siervo y hacerle justicia, a cambio de lo que éste produjera y del trabajo a su servicio.

A pesar de que el disfrute formal de los encomendados se estableció mediante la obtención de cédulas de encomienda—con restricciones y requisitos en cuanto a la administración y traspaso de las dotaciones—, en la práctica las prohibiciones fueron violadas, lo que dio lugar a fórmulas económicas que con distintas variables perduraron en el decursar de la economía caribeña posterior. Los ejemplos refieren arrendamientos y aparcerías de los cuales participan encomenderos o personas poco solventes para lograr alguna ventaja en la minería u otras empresas económicas básicas de estos inicios<sup>12</sup>

Las modalidades de aparcería y arrendamiento combinaron con el absentismo de algunas personas influyentes que lograban repartimientos en otras islas o territorios. En sentido general, estas modalidades significaron la sobrexplotación del aborigen e implicaron

---

<sup>12</sup> Un ejemplo de ello es referido para Santiago de Cuba a donde en 1538 arribó el obispo Diego Sarmiento con un poder de la mujer y herederos de Pedro de Paz, quien había sido contador, para cobrar sus bienes y que no le quitaran sus indios (Leocésar Miranda *Santiago de Cuba 1515-1550*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1995).

mayor aceleración en sus ritmos de trabajo para obtener ganancias en el menor tiempo posible<sup>13</sup>.

La transferencia de ese sistema de valores —dentro del cual se incluye la encomienda— desde la Península al llamado Nuevo Mundo, así como la recreación y adaptación de instituciones con sus consecuentes transformaciones, promovieron la formación de un tipo social original: la elite colonizadora. El poder de esta elite, nacido de su posición en los gobiernos locales y como encomenderos, no podía concebirse ajeno a intereses particulares, lo que propiciaba constantes y aparentes disparidades con la Corona que no cejaba en buscar fórmulas para limarlas.

Desde esta perspectiva, el vínculo armonioso entre la política metropolitana y la insular fue siempre un requisito indispensable para la Corona y sus aspiraciones de control social, aún cuando en ocasiones esa intención de armonía no trascendiera las leyes escritas.

Los primeros ensayos de las élites de poder se desarrollaron en la grandes Antillas, sobre todo aparejados al proceso fundacional de las primeras villas. La forma en que se habían organizado las expediciones y las normas para repartir lo conquistado desempeñaron un importante papel al respecto, pues los primeros conquistadores se apropiaron de la tierra aún cuando reconocían su condición de súbditos y usufructuarios. Su posición subalterna se redujo en ocasiones a meras declaraciones formales, su manera de proceder estuvo cercana a un poder casi omnímodo, que la Corona trató de contrarrestar pero no de liquidar del todo, ya que de hecho

---

<sup>13</sup> Este parece ser el caso de los indios encomendados al propio Pedro de Paz, pues el nuevo contador Juan de Agramonte señala cómo al tiempo de su llegada a la ciudad de Santiago de Cuba no hubo indios para encomendarle porque los que podían darle eran heredados por los familiares de Paz y hacía un tiempo, de cinco años a seis, que éstos estaban bajo la tutela de un empleado que no los había tratado bien por lo que estos se habían alzado.

La confirmación sobre este suceso y sobre este proceder también lo refleja el adelantado Hernando de Soto al escribir al consejo de Indias sobre varios sucesos acaecidos en Cuba entre los que precisamente se encuentra el alzamiento de varios poblados indios y entre ellos los encomendados al contador Pedro de Paz. (Leocésar Miranda *Santiago de Cuba 1515-1550*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1995).

significaba la materialización de su dominio sobre los nuevos territorios. Esto motivó ambivalencias en este sector, expresadas en conflictos y rechazos a representantes y enviados a los territorios de ultramar, autoridades alrededor de las cuales se agrupaban facciones con grados de compromiso diverso, casi siempre vinculados con favores económicos.

La ambivalencia puede ser medida además por la contradicción aparente entre las estrategias económicas de este sector y su comportamiento social. En el aspecto económico, pretendieron acaparar tierra, minas e incluso se proyectaron por cierta diversificación de las actividades productivas, mientras en la esfera social su tendencia fue a mantener la tradición. La oligarquía encomendera sorteó obstáculos para mantener su estatus económico, lo que le confirió un carácter más dinámico y cambiante en este aspecto.

Mientras en sus afanes por mantener la posición social sólo trascendió de lo puramente individual al recurrir a mecanismos de linaje, familias, o generaciones, que promovieron enquistamientos o círculos cerrados como formas de preservar el nuevo patrimonio americano.

La posesión de tierras, como garantía de transmisión de los poderes económicos, se unió a la formación de redes familiares, que casi siempre se estructuraron o crearon dentro o muy cerca de los cargos administrativos y formaron una madeja de relaciones que se materializó en los cabildos, donde los vecinos más importantes tenían facultades para legislar y tomar decisiones que condicionaban la vida en las nacientes colonias.

Así nacieron las sociedades caribeñas impregnadas de desigualdad, los vecinos en la cima de la pirámide social y el aborigen en su base.

La oligarquía colonizadora se acriolló paulatinamente y mantuvo su interés por el acaparamiento de cargos administrativos; sin embargo, el cerco de los intereses de la Corona alcanzó dimensiones cada vez más fuertes y monopólicas y provocó no pocos conflictos. Fue en

---

el siglo XVIII, aproximadamente, cuando las características psicosociales de la oligarquía fueron más coherentes con la formación de una sociedad en la que por demás se conservaron no pocas actitudes de ese período inicial.

## VI. BIBLIOGRAFÍA

Alcina Franch, José (1989): *Arqueología Antropológica*, ediciones Akal, S.A., Madrid.

Bate, Luis Felipe (1981): "Relación General entre Teoría y Método en *Arqueología*" en Boletín de Antropología Americana No.4, Julio, Sociedad Panamericana de Geografía e Historia, México, D.F.

Bartra, Roger (1975): *Marxismo y Sociedades Antiguas*, Editorial Grijalbo, S.A., México, D.F.

Childe, Vere Gordon (1965): *Los Orígenes de la Civilización*, Edición Revolucionaria, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

Casa del Caribe (1996.): *El Caribe Arqueológico* No.1, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

Casa del Caribe (1997): *El Caribe Arqueológico* No.2, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

Casa del Caribe (1999): *El Caribe Arqueológico* No.3, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

- Casa del Caribe (2000): *El Caribe Arqueológico No.4*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Casa del Caribe (2001): *El Caribe Arqueológico No.5*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Casa del Caribe (2002): *El Caribe Arqueológico No.6*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Departamento de Arqueología del Centro de Antropología del CITMA (1988): *Anuario de Arqueología*, Editorial Academia, La Habana.
- Departamento de Arqueología del Centro de Antropología del CITMA (1989): *Anuario de Arqueología*, Editorial Academia, La Habana.
- Departamento de Arqueología del Centro de Antropología del CITMA (1991): *Antropología*, Editorial Academia, La Habana.
- Departamento de Arqueología Centro de Antropología (1991): *Arqueología de Cuba y otras Áreas Antillanas*. Editorial Academia, La Habana.
- Fonseca Zamora, O. M. (1988): "Reflexiones sobre la Arqueología como Ciencia Social" en *Hacia una Arqueología Social*. Actas del Primer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.
- (1989): "La Arqueología como Historia" en *Historia. Teoría métodos*. Editorial Universitaria Centroamericana, San José, p. 65-86.
- Guerrero, José y Marcio Veloz. (1988): *Los Inicios de la Colonización en América*, Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, República Dominicana.
- Guarch Delmonte, J. M.(1987): *Arqueología de Cuba. Métodos y Sistemas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Hole, F. y Robert F. Meizer (19869): *Introducción a la Arqueología Prehistórica*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F. p. 319.

- James, Joel (1999): *La Muerte en Cuba*. Ediciones Unión, La Habana.
- James, Joel (2000): *El Caribe entre el Ser y el Definir*. Editora Tropical, Santo Domingo, República Dominicana.
- Lorenzo, J.L. (1986): “*La Arqueología al Sur del Río Grande*” en GENS, Volumen 2, No. 3 y 4, Septiembre-Diciembre. P. 5-28.
- Lumbreras, L. G. (1984): *La Arqueología como Ciencia Social*. Casa de las Américas, La Habana, p- 293.
- Martínez Cruzado, et al. (2003): *El ADN Mitocondrial revela Migraciones Precolombinas a Puerto Rico*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Arqueología del Caribe, Santo Domingo.
- Meggers, Betty (1987): “*Oscilación Climática y Cronología Cultural en el Caribe*” en Actas del Tercer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe, editado por Mario Sanoja Obediente, Washington, D.C.
- (1997): “*Enfoque Teórico para la Evaluación de los Restos Arqueológicos*” en *El Caribe Arqueológico No.2*, anuario publicado por la Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- 1998): *Evolución y Difusión Cultural. Enfoques Teóricos para la Investigación Arqueológica*, Ediciones Abya - Yala, Quito, Ecuador.
- Miranda, Leocesar (1995): *Santiago de Cuba 1515-1550*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- Ortega, Elpidio; Atilés, Gabriel y Jorge Ulloa (2003): *Investigaciones Arqueológicas en el Yacimiento La Iglesia*. Provincia La Altagracia, República Dominicana. Academia de Ciencias de la República Dominicana, Santo Domingo.
- Pupo, Rigoberto (1990): *La Actividad como Categoría Filosófica*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, p-263.

- Rouse, Inving (1961): *Arqueología Cronológica de Venezuela, Vol. I*, Washigton, D.C, Unión Panamericana.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas (1995): *Gente de la Canoa*, Fondo Editorial Tropykos, Comisión de Estudios de Postgrado FACES-UCV, Caracas.
- Sanoja, Mario (1987): *Relaciones entre la Sociedad y el Ambiente*. Actas del Tercer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe. Washington, D.C., p-115 pp.
- Scarano, Francisco (1990): "*Estructura de la Plantación Azucarera Esclavista*" en el Caribe. Santiago de Cuba, No. 16-17.
- Valcárcel, Roberto (2000): "*Patrimonio Iconográfico de Banes Precolombino*". Proyecto de Investigación del Departamento Centro Oriental de Arqueología, Inédito, Holguín.
- (2000): "*Yaguajay, Cultura, Muerte y Sociedad*". Proyecto de Investigación del Departamento Centro Oriental de Arqueología, Inédito, Holguín.
- Et. al (2000): "*Nuevos Reportes Arqueológicos en el Oeste del Municipio Mayarí, Provincia Holguín*". Ponencia presentada en el Forum de Ciencia y Técnica del Departamento Centro Oriental de Arqueología, inédito, Holguín.
- Vargas Arenas, I (1988): *Revisión Crítica de la Arqueología del Caribe*. Actas del Segundo Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe. Washington, D.C., p- 219 pp.
- Vargas Arenas, I. (1990): *Arqueología, Ciencia y Sociedad*. Editorial Abre Brecha C.A. Caracas, p- 331.
- Veloz Maggiolo, M. (1985): *La Arqueología de la Vida Cotidiana*, Ediciones Taller, Santo Domingo, República Dominicana.
- Veloz Maggiolo, M. (1992): "Notas sobre la *Zamia* en la Prehistoria del Caribe" en Revista de Arqueología Americana (separata), No.6, Julio-Diciembre, p. 126-138.

- Veloz, Marcio (1991): *Panorama Histórico del Caribe Precolombino*, Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.
- Veloz, Marcio y Elpidio Ortega (1995): "Punta Cana y el Origen de la Agricultura en la Isla de Santo Domingo" en Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe, Editado por Marcio Veloz y Ángel Caba Fuentes, República Dominicana.
- Veloz, Marcio (1996): *Barril sin Fondo. Antropología para Curiosos*, Editora de colores, S.A., Santo Domingo.
- Veloz, Marcio (1999): "*Arqueología, Historia e Identidad*" en el *Caribe Arqueológico No.3*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Veloz, Marcio (2001): "*Los Agricultores Tempranos en la Isla de Santo Domingo*" en *Culturas aborígenes del Caribe*, Santo Domingo, Ediciones del Banco Central de la República Dominicana.
- Tabío, E. y E. Rey (1966): *Prehistoria de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Trincado F., M. N. (1996): "El Aborigen y la Formación de la Nacionalidad Cubana" en: *El Caribe Arqueológico*, No.1, Casa del Caribe, Santiago de Cuba. p. 100-103.
- Ulloa, Jorge (1999): "El Caribe Aproximación Sociológica a la Conquista" en *el Caribe No. 30*. Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Ulloa, Jorge y Roberto Valcárcel (2000): "*Arqueología, Historia y Sociedad*" en *Los Papeles del Rocamadour*, Suplemento Cultural de la Revista Caña Brava, Santo Domingo, Diciembre.
- UNESCO (1985): "*La Nueva Arqueología*". En: *El Correo*, año XXXVIII, Julio.

# **COLOFÓN**

Este libro **UNA MIRADA AL CARIBE PRECOLOMBINO**  
se terminó de imprimir en el mes de marzo del 2005  
en los talleres gráficos de Editora Búho



Se desempeña como  
del Instituto Tecnológico  
Investigador Auxiliar  
donde es miembro de

Se ha especializado  
precolombinas del Ca  
tema publicó en el 200  
titulada *Cerámica Te*